

✓

LOS JUDÍOS
EN ESPAÑA,

FOLLETO ESCRITO

POR EL

P. Fr. Angel Cineo Heredia,

DE LA REGULAR OBSERVANCIA

DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO,

PROVINCIA DE CARTAGENA.



MADRID.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores, 8.

1881.

LOS JUDIOS
EN ESPAÑA.

FOLLETO SECRITO

por el

Dr. D. Miguel Viquez y Viquez

DE LA RESERVA OBSERVANCIA

DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

PROVINCIA DE CASTAÑA



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE M. MONTANA
Calle de San Francisco, 10.

1881

T. 799926 C.

LOS JUDÍOS EN ESPAÑA,

FOLLETO ESCRITO

POR EL

P. Fr. Angel Cineo Heredia,

DE LA REGULAR OBSERVANCIA

DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO,

PROVINCIA DE CARTAGENA.



MADRID.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores, 8.

1881.

LOS STUDIOS

EN ESPAÑA

FOLLETO ESCRITO

DE NUESTRO PADRE Y NUESTRO

PROVINCIA DE CARTAGENA

MADRID

1881

A LOS LECTORES.

Una elevada persona me hizo la indicacion de poner alguna cosa en otro folleto, que deberá llamar la atencion pública, si llega á imprimirse, sobre los judíos; esta ha sido la causa de que escribiese este. Nos hallamos en unos tiempos tan desgraciados que apenas hay quien pueda entenderse, aun de los mismos que generalmente profesan unas mismas doctrinas, religiosas y políticas; las más de las veces por la terrible pasion de la ambicion personal. Es tanta la tendencia á dominar que, no bien un muchacho imberbe piensa en su personilla, (por más que no sea un Menendez Pelayo, que corre peligro de eclipsarse en su precoz talento por haber principiado á donde acaban los más de los hombres), cuando principia á fantasear que dándose á la política, escribiendo en un periódico, el primero que salga, aunque de opiniones contrarias, el caso no importa, con tal que nuestro niño se dé á conocer, pueda salir diputado, y de aquí á presidente de las Córtes y por ende á Ministro, sin otra mira ni norte fijo que ascender y enriquecerse.

Lo que importa es tirar la esteva ó el tirapié, cuidándose mucho de que no se acerque á él ninguno de sus compañeros de juegos de infancia, á fin de que no le recuerde su humilde nacimiento, ni le manche los flamantes vestidos. Esta facilidad de ascender los hombres poco escrupulosos es en mi concepto la causa del malestar de las naciones y el que caminemos como nave sin piloto. Esta es la causa de la inconstancia de los hombres en sus principios y la que hace que quien hoy combate como mala una ley, mañana la practique, sacando consecuencias

que no sacaría el mismo que la inventó. De aquí que ahora nos quieran implantar un elemento más de discordias: los judíos rusos que se quieren llamar españoles.

No ha sido mi ánimo escribir un libro filosófico mirando las cosas con el prisma de los principios de buen gobierno; héme limitado á dar una reseña de lo que fué el pueblo Abrahamítico desde Jacob y sus hijos, que fueron los que principiaron á darle el nombre, hasta la muerte del Divino Redentor, dándolo á conocer en esta época tan feliz. Luego reseño los padecimientos del querido pueblo, alguna vez activos y más pasivos, haciendo despues unas consideraciones y presentando algunas dificultades y malos ratos que acarrearlos pudiesen.

Deseo el mayor bien de mi patria: hace más de un siglo que se viene destruyendo, siendo mi deseo que se principie á edificar con más acierto que se hace; pues no parece sino que nosotros somos el pueblo hebreo, siempre revuelto y revoltoso. Si han de venir los judíos que vengan, y que se muestren en público los que llamándose cristianos nos producen escenas impropias de cristianos. Deseo ser útil á mi amada patria.

I.

Nueva desgracia para España con la venida de los judíos.

Bien lejos me hallaba de pensar, cuando en un libro que tengo escrito, titulado *España para los españoles*, en un capítulo dedicado al imperio de Austria, decia incidentalmente: que esta Nación era presa de los judíos, dueños del dinero, y con este de la prensa; que esta exuberancia de predominio seria causa en este pueblo como en los demás, de sus futuros infortunios. Por desgracia suya, mi presentimiento se ha realizado antes de lo que yo pudiera haber imaginado. Ciego este pueblo con la maldicion que sobre sí lleva, hace cuanto puede para comunicar su ceguedad á las naciones en que se halla disperso. Ingrato con todas ellas, que son las del universo, no se contenta con ser la sanguijuela que chupa la sangre de los pueblos que lo acogen por sus préstamos y usuras. Sacan por de pronto de apuros á las pobres gentes que á ellos acuden; pero se meten en la casa del que recibe sus dones que, á no ser el préstamo para salir de un apuro imprevisto, que no impida la pronta devolucion de la deuda, el judío entró en la casa ó en la hacienda para no salir de ella, cargándose con las dos.

Siendo pueblo que vive en todas partes de pasada, con la esperanza de la reedificacion de Jerusalem, pocos son los que se hacen propietarios; prefieren el metálico y las alhajas preciosas, con el papel del Estado, á las fincas. Donde quiera que fijen su residencia jamás se confundirán con los naturales, siempre han de formar pueblo aparte, haciendo de manera de entenderse con los suyos por donde quiera que vayan. Esto naturalmente los hace odiosos á las demás naciones entre las que viven dispersos.

Empero, si generalmente son odiados de los pueblos, son queridos de los gobiernos; como sucede ahora con el nuestro. Comen-

cemos sin embargo la historia de los judíos para que nuestro vulgo conozca qué gente nos van á meter en casa. Es en verdad el pueblo más noble del mundo, y uno de los más antiguos, conocido de nosotros antes que las otras naciones de que hoy tenemos noticia. Es el pueblo nacido del gran Patriarca Abraham, á quien el mismo Dios hizo salir de la casa de su padre á la tierra que le mostraria y que con el tiempo habia de dar por solar á su familia. Este es el amigo de Dios, que frecuentemente se le aparecia y le mostraba su voluntad. Entrado en la tierra prometida le manda mirar en su redor, y añade: esta tierra que ves la daré á tí y á tus descendientes que se multiplicarán como las estrellas del cielo, y en tí serán bendecidas todas las naciones de la tierra. En todos sus apuros recurrió al Criador y lo halló protector. Tuvo tambien la dicha de recibir en hospedaje los tres ángeles que iban á destruir las ciudades de la Pentápolis para castigarlas de sus pecados nefandos, ó que no se pueden nombrar.

Pasan años y ni aún le daba un sucesor. Concluido el convite con que obsequió á los tres ángeles en figura de hombres que con tantas instancias obligó á entrar en su tienda, como si fuera en nuestros dias en que tanto se usan los brindis; el que hacia de jefe, le dijo: en este dia cuando vuelva, acompañándome la vida, Sara tendrá un hijo. Este fué Isaac á quien Dios mandó al Patriarca de la esperanza que sacrificase en el monte que le señalase. Sin más tardanza apareja el asno, emprende el camino, llega al monte, deja en la raiz al criado con el asno, toma el fuego perpétuo, pone la leña sobre la espalda del mozo, cuando este le pregunta y dice: hé aquí la leña y el fuego, ¿dónde está la víctima del sacrificio? A estas palabras que traspasaron las entrañas paternas respondió con entereza: Dios se proveerá de víctima, hijo mio. En efecto, llegan á la cima del monte, ata el padre al hijo, pónelo sobre el monton de leña, empuña el acero, y cuando va á clavarlo en el cuello del hijo de las promesas, la voz celeste le dice: ¡Abraham! ¡Abraham! Mira hácia la parte de donde venia la voz, vé un cordero enredado en la zarza, lo inmola y se le repite la bendicion de todas las gentes, por nuestro Redentor Jesucristo, que de ambos habia de descender.

Hijo de Isaac fué Jacob, que desde las entrañas de su madre figuró lo que habian de ser sus descendientes, naciendo asido de la planta de su hermano Esau, figurando con esto que lo habia de supplantar en el mayorazgo y en la primogenitura. Por esta accion fué perseguido de su hermano y obligado á huir á Mesopota-

mia, solar de su familia, donde habitaba Laban su tío. Ya que había pasado un mes, dijo este á Jacob: no porque seas mi sobrino nos has de servir de balde; dime qué salario te he de dar: Te serviré siete años por tu hija Raquel. Aceptada la propuesta lo engaña despues, introduciendo á Lia, hija mayor, en la alcoba nupcial. Habiéndole dado más tarde la deseada, la hermosa Raquel, por el servicio de otros siete años; apenas pasaron se trató de nuevo ajuste. El trato debía hacerse con lo que manejaban, que eran los ganados, y Jacob inspirado por Dios pidió que, apartados los ganados y separados los manchados de los de un color, todos los que nacieren pintados ó de varios colores fueran del sobrino. Este, valiéndose de una maña que naturalmente no podia producir aquel efecto, descortezó varas de almendro, poniéndolas en el abrevadero para que cubriendo los machos las ovejas, naciesen varios. Como así sucediese, el suegro cambió el contrato, prometiéndole lo de un solo color, y entonces como antes, la primera cria fué para Jacob. Este cambio se verificó muchas veces siempre en beneficio del sobrino. De aquí principió la mala voluntad del suegro y se vió que la descendencia del yerno seria industriosa: los malos tratamientos del padre de sus mujeres fueron aumentando, hasta que avisado el jóven por Dios, trató de volver á la casa paterna, confiando que Dios aplacaria el ódio del irritado hermano Esaú.

No habia de confiar en vano el que habia sido avisado del cielo, invitándole á volver á la tierra de Canaán. Sin despreciar el divino oráculo, no descuida los medios humanos para aplacar al enfurecido hermano. Medios que surtieron el deseado efecto, apaciguando la rabia del furioso Esaú, que con gente armada, salió á impedirle el regreso á la paterna tienda. Los humildes obsequios y la protección divina le ablandaron. No bien sale de un peligro, y héte aquí otro por la espalda. Habia salido de la casa de Laban sin avisarle; si antes estaba envidioso de la felicidad de Jacob, ahora se pone colérico. Sale presuroso con su gente; alcánzalo en Galaad, pero Dios le habia ordenado con amenazas que nada le hiciese, como así sucedió: abraza tiernamente á sus hijas y nietos, hace perpétuas paces y juradas por él y por sus descendientes; vuélvese á su tierra, continuando el yerno el camino á enjugar sus lágrimas con la vista de sus adorados padres, consolando á estos de tan larga ausencia. Aquí principia propiamente la historia de los judíos, así llamados del cuarto hijo de Jacob, el más famoso y célebre de todos.

Durante su permanencia en Mesopotamia le nacieron once hijos y una hija; ya de regreso á la tierra donde su abuelo y padre vivian como peregrinos, le nació de la bella y predilecta Raquel el último de todos, Benjamin, que costó la vida á la madre. Hijos los doce, y Dina, de distintas madres, llenaron al padre de pesares, siendo el mayor la venta de su amado José, como hijo de sus primeros amores, y como el más virtuoso y preferido del cielo; á quien se reveló por medio de sueños, que, significando la supremacía sobre sus hermanos, estos no pudieron soportar, como ni la preferencia del padre. Véndenle por tanto á los ismaelitas que pasan á Egipto con aromas; valiéndose Dios del mismo medio para realizar lo que habia engendrado la envidia. Vendido de nuevo en la tierra de Cam, principia á ser feliz en medio de su cautiverio; felicidad de que le privó una mala hembra, acusándole de lo que ella era, por su acrisolada virtud. La cárcel fué la recompensa de su castidad. Aun allí es protegido de Dios, pues el alcaide le hace jefe de los presos, de los cuales á dos predijo su futura suerte, desgraciada para uno y dichosa para otro. Mas este que debia haberse acordado de la súplica que le hiciera el que le descifró su sueño: acuérdate de mí cuando estés en la presencia de Faraon, se olvidó en su elevacion del desgraciado á quien tanto debia por su buen comportamiento en el calabozo y por el consuelo recibido.

Llegado el tiempo de favorecer al humilde ensalzándole, envía Dios á Faraon dos sueños misteriosos y contrarios el uno al otro. Buscados adivinos egipcios, ninguno tiene luz del cielo para interpretarlos; en aquel apuro el ingrato cortesano se acuerda de su bienhechor, descúbrela al rey, este le llama; comunícale los sueños; apenas manifestados son descifrados: á esto sigue una indicacion de la manera de practicarlos; y, pasmado Faraon dice: ¿por ventura podremos encontrar otro más apropósito que tú? En aquel momento es elevado al primer puesto despues del rey. Los sueños se realizan, los siete años de abundancia llegan, los de esterilidad les suceden, el hambre principia; hasta en la tierra que mana leche y miel ejerce sus terribles estragos. Jacob sabe que la abundancia reina en Egipto; manda á sus diez hijos, quedándose solo con el tierno Benjamin, temeroso de que sucediese con él lo que con su hermano uterino José. Llegados allá, éste los conoce, los examina, entérase del estado de su familia, los prueba: de una parte los agasaja, los trata como á hermanos; por otra se muestra duro con ellos. Despidelos, bien alimentados, pone las monedas en

la boca de los costales. Pero, ¡oh dolor! Simeon ha de quedar preso hasta que vuelvan ellos con su hermano Benjamin. Nuevo tormento para el afligido Jacob, que no penetra el enigma de aquella conducta tan contradictoria. Teme que á su hijo menor le suceda lo que á José, se resiste; el hambre aprieta, los hijos instan, las mujeres y sus hijos se mueren de hambre; todos se postran á los piés del anciano patriarca; las lágrimas le ablandan, Benjamin y la caravana salen, entran en Egipto y hallan á Simeon, suelto y bien tratado. Ellos son bien recibidos y mejor obsequiados lo traen; manifiestan que no sabiendo quién hubiese puesto en la boca de los sacos el dinero del trigo comprado el viaje anterior, se les responde que ellos tienen recibido el dinero; compran otro, se despiden llenos de gozo; pero, ¡nuevo sobresalto! Cuando menos lo esperan, se les sorprende diciendo, que han robado el vaso que su señor usa para adivinar. Seguros de su inocencia y rectitud, se someten al registro, añadiendo que matasen al que se le hallase el cuerpo del delito. Búscase y es hallado en el saco de Benjamin que debe morir, no obstante la promesa de Judá de volverle sano y salvo al anciano y afligido padre. Vueltos á la presencia del Virey de Egipto les hace cargo del supuesto hurto. Judá fiador, encuentra en la necesidad palabras de tierna y conmovedora elocuencia. José no puede contenerse más, abraza á su querido Benjamin, riega con sus lágrimas su cuello, hace lo propio con los hermanos y les perdona su envidia convertida en cruel ódio. Sirveseles una buena comida, los despide mandándoles que vayan á llevar á su padre, porque aun quedan cuatro años de hambre.

II.

Jacob en Egipto.

Ébrios los hijos de Jacob de alegría, el tiempo se les hace largo por llevar al triste padre la grata noticia de la vida del muerto José. Se necesitaba la fortaleza de quien tanto padeciera toda su vida para no morir de gozo. Por eso exclama: ¡ya moriré contento porque vive mi hijo! Dispuesto el viaje de toda la familia, se pone en camino: avisan á José de su llegada, preséntalo á Faraon; le dice que pida al rey la tierra de Gessem, abundante en pastos para sus ganados, en la que, creciendo como las arenas del mar, muertos el Faraon protector y el protegido José, los sucesores dicen:

este pueblo va á multiplicarse de modo que, ó se rebela y nos oprime, ó se nos marcha: oprimámosle con las obras de las pirámides y ciudades: hagámosles cocer ladrillos para que no engendren tanto. No bastando esto, los abruman pidiéndoles el mismo número de ladrillos, sin darles la paja, fuese para trabar el barro, fuese para cocerlo. Como esto no bastase para que no creciese la población, recurren al medio cruel de mandar á las parteras que matasen á los varones al nacer. Temiendo estas á Dios no ejecutan el cruel edicto. Viendo esto, excogitan el medio de matar ellos mismos á los infantes. Nacido Moisés, pueden sus padres ocultarlo tres meses: temiendo luego que se descubriese él mismo con sus lloros, y sabedores que la hija de Faraon iba con sus doncellas á bañarse al río, mandan á María que se quede á vista del niño, abandonado en la ribera, en paraje donde pudiera llamar la atención de la princesa y conmover su corazón. No se engañaron en su cálculo. Oyendo la jóven señora los sollozos del niño, manda que se lo presenten: Verlo, y enamorarse de su hermosura, y conmoverse sus entrañas por la suerte que le esperaba, fué cosa de un instante. Viendo la niña María la buena disposición de la egipcia: ¿quieres, le dice, que te busque una mujer hebrea que te lo amante? Sí, buena niña, tráemela. En alas de su ternura sale á buscar á la triste madre, quien con no menos lijereza, se presenta á dar el pezon á su hambriento hijo.

Ya tenemos salvo al salvador de los israelitas. Educado en la corte, aprende cuanto podia enseñarle el pueblo más sábio de aquella época. Por más agradecido que se mostrase á la madre adoptiva, no se olvidó de su madre natural, ni del pueblo oprimido. Creyéndose autorizado para regir á su pueblo afligido, trató de defenderlo, matando á un egipcio que hacia una injuria á un israelita. Volviendo al siguiente dia á visitar á sus hermanos, reprendió á uno que ofendia á otro; corregido por su falta, le repondió: ¿caso quieres matarme como mataste ayer al egipcio? Viéndose descubierto huyó á tierra de Madian, donde halló la mejor acogida, porque al llegar á este país vió que unos pastores abusaban de la debilidad de las hijas del sacerdote, no dejándolas abreviar su rebano. Yendo á casa más temprano que de cóstumbre les dijo el padre: ¿cómo esto? Un varon egipcio nos ha librado de la injuria de los pastores, y ha sacado agua para el ganado. ¿Y por qué no habeis traído al hombre? volved por él. Admitido en casa, encárgase de la custodia del ganado, cácase con una de las pastoras, dando tiempo á la obra de la salvacion de su pueblo, que jamás olvidaba.

Avisándole el ángel de que llegado era el tiempo de sacar á sus hermanos de la dura esclavitud, camina para la empresa, obliga á Faraon á permitir la salida de su reino á los hijos de Israel, obteniendo por fin el permiso á fuerza de terribles plagas. Considerando que sale de su reino un pueblo numeroso que debilita su poder y merma sus riquezas, llevándose sus numerosos rebaños, con más las alhajas que cada cual habia pedido prestadas á su vecino; ardiendo en cólera, reúne su ejército, carros y caballería, parte tras ellos, los estrecha con sus fuerzas á retaguardia y el mar al frente; mas esto no intimida al caudillo escogido. Tocando el mar con su vara, este se abre, y formando como un muro las aguas á diestra y siniestra, el pueblo pasa con pié enjunto, precipitándose las elevadas aguas sobre el ejército enemigo que, olvidado de los anteriores milagros, no repara en este, el cual cuesta la vida á todo su ejército.

Puesto Moisés al otro lado del mar Rojo entona un cántico guerrero con los hombres, al mismo tiempo que María su hermana tocando su tímpano, lo canta con las mujeres. Se habrán observado rasgos de dureza en la rápida ojeada de la historia de este pueblo, siendo aquí donde principia á manifestar su ingratitud. Libre del horno de la esclavitud, y olvidado de los favores recibidos, principia á suspirar por los ajos y cebollas de Egipto. No queriendo pelear cuando el caudillo lo manda, ni entrar en la tierra prometida sin mandar exploradores que la reconozcan, verificado esto por un explorador de cada tribu, la cual recorrida publicaron su hermosura y riquezas, desanimando al pueblo con la dificultad de conquistarla. Murmurando este, Dios lo condena á no entrar en la tierra prometida hasta que muriese la generacion egipcia pecadora, reservando la dicha para los inocentes de aquel pecado. Solo entraron Josué y Caleb, que resistiendo á sus compañeros, exhortaban al pueblo á cumplir la orden de Dios. Obligados á dar vueltas y rodeos por el desierto, reciben las dos tablas del decálogo, escrito por mano de Dios en medio de truenos y relámpagos, que Moisés rompió, porque al bajar del monte los halló adorando el becerro de oro que Aaron su hermano tuvo la debilidad de fabricar, si bien despojando á las mujeres de sus preciados aderezos, por ver si de este modo desistian de su loca peticion. No cesaron sus quejas, murmuraciones y rebeliones, haciendo caer al mismo Moisés en desconfianza en las aguas de contradiccion, que Dios le mandó sacar de una roca; quedando por tanto condenado á ver con los ojos la tierra prometida y no entrar en ella, muriendo en el monte.

No fueron más constantes luego de posesionados de la tierra de promision. Mientras vivieron Josué y los ancianos fueron fieles al Señor; muertos estos; se dieron á imitar las abominaciones de la tierra conquistada, cayendo sucesivamente en manos de varios dominadores de los cuales los libraba Dios, tan pronto como arrepentidos y llorosos acudian al Señor implorando misericordia. Siguiendo la moda de las naciones que los rodeaban, pidieron un rey, cuando tenian por juez á uno de los mejores y más santos que Dios les habia dado llamado Samuel, hijo concedido á la afligida Ana. El Señor se lo concedió diciendo: No te han desechado á tí, sino á mí, para que no reine sobre ellos; y nos hallamos con los reyes.

III.

Saul, Rey.

Habiendo recaído la suerte sobre Saul, que llevaba á los israelitas de los hombros arriba en su estatura. Este principió bien, pero queriendo ser rey y sacerdote, ofreció sacrificio contra la expresa prohibicion de Samuel. Llegando el profeta cuando acababa el sacrificio, se lo afeó, declarándole á nombre de Dios desechado de la realeza, que, por orden del mismo, confirió á un sencillo pastor, que pastoreaba las ovejas cuando Samuel se presentó á ungirle en casa de su padre Isai. Este fué David, varon segun el corazon de Dios, á pesar de graves deslices con Barsabé y su esposo Uriá. Salomon su hijo principió santamente; siendo dudoso cómo acabó. Los sucesores y descendientes de David unos fueron buenos, otros malos, el pueblo siempre propenso á la idolatria, irritó á Dios que les habia mandado que no sacrificasen fuera del sitio donde estuviesen el altar y el arca, y siempre en Jerusalem desde la fabricacion del templo. Las predicaciones de los profetas, que les intimaban las revelaciones de Dios, mezcladas á las terribles amenazas con que sancionó las leyes de Moisés, de nada sirvieron para que no caminasen de malo en peor.

Ya el rey Sedac se habia apoderado de Jerusalem, llevándose los sesenta escudos de oro de Salomon; ya Senaquerib los habia reducido al último extremo, del cual les salvaron las oraciones de tres santos, Ezequías rey, el profeta Isaias, y la profetisa Holda. Despues Taraca mató al piadoso rey Josías, peleando con él á pesar suyo; dejando debilitado el reino, quedando fácil presa de

Nabucodonosor que se apoderó de la ciudad despues de tres años incompletos de sitio, uno de los más horrorosos que refieren las historias; tomando la ciudad por asalto, llevándose cautivos á los principales que no mató, por no haberse rendido, siguiendo los consejos del tierno y compasivo Jeremías. Las diez tribus cismáticas y rebeladas contra la casa de David, frecuentemente en guerras civiles y en mudanzas de reyes, habian sido trasportadas, las de la parte de allá del Jordan por Ful, rey de los asirios, y las otras despues de la toma horrorosa de Samaria por Nabuzardan.

Cumplidos los setenta años de Jeremías, obtienen permiso de Ciro para volver á su pátria los cautivos bajo la conducta de Zorobabel, príncipe del pueblo, y Josedec, Sumo sacerdote: los que con ellos volvieron fueron pocos y de los dos reinos, cesando así el cisma de los hijos de Israel, si bien siguió el de los nuevos pobladores de Samaria, que no descendian de Jacob. A los primeros se les permitió reedificar el templo haciendo sacrificios por el rey y á su costa; mas no se les dió permiso para levantar los muros. Esto lo obtuvo más tarde Nehemías, costándole muchos trabajos la renovacion de los muros, por la oposicion de los samaritanos. Antes de la cautividad eran propensos á la idolatría; ahora, perdida la propension á los ídolos, no por eso fueron mejores sus costumbres. A la muerte del grande Onías ya no hubo sino confusion; si bien los macabeos dieron á su pátria los últimos dias de tranquilidad y gloria; pero con las guerras se acabaron los héroes de esta raza. Herodes Idumeo tuvo la habilidad de acabar con aquella familia degenerada, ayudado de los romanos que ya se habian apoderado de la ciudad por medio del gran Pompeyo, quien dejó sin embargo la dinastía reinante, contentándose con el tributo. Por fin, se apoderaron de todo el territorio y de la ciudad, poniendo en ella gobernadores ó jueces.

IV.

Venida del Salvador.

Reinando aun Herodes, nació el Salvador del mundo, el prometido en la Ley y los profetas: el Pimpollo de Judá, el que venia á empuñar el cetro, perdido por la degenerada raza de los hijos de Abraham, Isaac y Jacob. Mas su reino habia de ser diferente y no era mandado por el Dios de sus padres para restaurar el reino ter-

reno de David, sino el espiritual, que se habia de extender por todas las naciones. Que lejos de derramar sangre para reconquistar el reino de sus mayores, viene á derramar la suya, tomada en las purísimas entrañas de la inmaculada Virgen Maria. Con su muerte venia á desterrar el pecado, á poner fin á la iniquidad, á dar el triunfo á la justicia sempiterna, á predicar la redencion, á enseñar una religion más pura, más santa, más espiritual, más eficaz; á confirmarla con milagros, á sellarla con su sangre, á morir y resucitar al tercer dia, subiéndose al cielo, abriendo las puertas eternas para que entrase el Rey de la Gloria, y con él los que hasta entonces se hubiesen santificado, quedando la puerta abierta para que desde aquel dia entrasen por ella cuantos purificados de sus manchas y pecados, saliesen de este mundo por la separacion del espíritu y la carne.

V.

Nacimiento de Jesucristo.

Los judíos que, entendiendo en sentido carnal las escrituras que hablaban de la venida del Justo, sin tener en cuenta las que no podian ser entendidas de otro modo que espiritualmente, no pudieron sufrir que el Divino Maestro naciese pobre en Belen, teniendo por casa la cueva, por cuna el pesebre, por colchon las pajas, por pajes el buey y la mula. Tampoco les gustó que se criase oculto en Nazaret en el taller humilde de un carpintero. De tal escándalo no hubo quien librarlos lograrse: ni la vida más ejemplar que jamás vieron los cielos, ni la más sublime doctrina, ni la nunca conocida dulzura de trato, excepto cuando se interesaba la gloria de su Padre, ni la doctrina más celestial, ni los más patentes milagros, ni los mayores favores y beneficios. Nada bastó para convencerlos. Esto fué especialmente por parte de los escribas, fariseos y saduceos, gente la más principal; que los pobres y plebeyos, todos corrian en pos de él, atraídos por su belleza y atractivos; por eso el domingo de Ramos lo aclamaron: bendito el que viene en el nombre del Señor.

No sucedió así el viernes de la pasion. En vez de alabanzas no se oyeron sino ultrajes. Los sacerdotes que debian estar bien enterados de las calidades que habian de adornar al deseado de la gente, decaídos, degradados y corrompidos, no pueden sufrir las lec-

ciones de un Maestro tan santo, porque eran contrarias á sus obras. Conspiran contra él, ganan á Júdas, comprándole por dinero, mandan soldados á prenderle, guiados por el más perverso de todos los traidores y llegada la hora de que el mansísimo cordero pasase de este mundo al Padre, se deja prender, poniéndose en manos de sus enemigos, que presentándole á Pilatos, reconoce su inocencia; hace por librarle, reconviénenle diciendo: si á éste sueltas no eres amigo del César; á esta tan contundente respuesta no pudo resistir un juez corrompido y avaro. Condesciende sin embargo, no sin confesar antes que no hallaba ninguna causa, y lavándose las manos, los apostrofa y dice: su sangre sea sobre vosotros. El pueblo contesta con horrible gritería: su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos; siendo el divino Jesús condenado á la muerte más dolorosa y afrentosa. Pero manifestando la naturaleza entera horror á tanta injusticia, el sol y la luna se ocultan, la tierra tiembla y se abren los sepulcros, rasgándose el velo del templo.

VI.

Vejaciones de los judíos.

Hemos recorrido la historia del pueblo de Abraham, Isaac y Jacob, llamado hoy judío por haber sido los reyes de la familia de Judá. Tristes y dolorosos rasgos presenta la historia en contraste de otros gloriosos, mientras servía á su Dios; en adelante no veremos sino desgracias y calamidades sin ejemplo en las historias de otros pueblos. Si bien muchos volvieron de presenciar el doloroso espectáculo dándose golpes de pecho y confesando que verdaderamente era hijo de Dios, que debieron ser los primeros que se convirtieron á la predicacion de los apóstoles, el cuerpo de la nacion perseveró en su incredulidad y odio, que no ha depuesto, ni depondrá, hasta que llegue el dia de la misericordia.

Aquella sangre que pidieron que cayese sobre ellos y sus hijos no se ha borrado; antes la suya ha sido derramada copiosamente. Ávidos los romanos de riquezas, pérdidas aquellas virtudes primitivas que los hicieron célebres en sus mejores tiempos, convertidos en opresores tiránicos de los pueblos dominados, la insolente acción de un soldado, cometida en presencia y desprecio de todo el pueblo jerosolimitano, se convierte en motivo para que el odio encerrado en los pechos de los que respondieron al Divino Redentor:

nosotros á ninguno hemos servido, estallase con tal ímpetu que degeneró en tumulto, reprimido, como todos, por los que tienen la autoridad y la fuerza que la sostiene, no sin derramamiento de sangre. Desde este paso ya los judíos no tuvieron tranquilidad y reposo: á un gobernador malo seguiale otro peor, á un disgusto sucedió otro, á una vejacion otra mayor. El momento designado en los divinos consejos para castigar al pueblo ingrato y deicida se aproximaba; la profecía del Divino Salvador de que no quedaria piedra sobre piedra en aquella ciudad y famoso templo, no podia quedar sin cumplimiento, disponiéndose todo para que se realizase. Este degradado pueblo, empeñado en que ha de continuar siendo el pueblo de Dios, no quiere sufrir ningun yugo ni dominacion, y por sacudir la de los romanos, se anonadó. El descontento era general, como general habia de ser el estallido y el estrago; todo se prepara para la resistencia, aspirando á la independencia por el auxilio del dios de las victorias de otros tiempos.

Ya el emperador Calígula los habia exacerbado por el empeño que tenia de que su estatua fuese colocada en el templo para ser en ella adorado; ya en Alejandría fueron arruinadas las sinagogas, colocando en las otras la detestada imágen, y saqueando las casas, azotando á los principales y matando al vulgo que no queria comer carne de puerco. En Mesopotamia sufrieron aun más, siendo degollados más de cincuenta mil en Seleucia. Félix hizo matar al pontífice Jonatás por medio de unos sicarios que discurrían por el país. Seria nunca acabar el referir los excesos cometidos por los sicarios y judíos revoltosos, como los insultos que les hacían los tiranos gobernadores. Como signo de la catástrofe que se aproximaba, se dejó ver en el templo una luz extraordinaria; más adelante se vieron fuegos extraordinarios que nadie podia juzgar de su origen y procedencia; detrás de un espantoso ruido se oyó en el templo, donde Dios habia sido tanto tiempo espiritual y santamente adorado, con gran claridad una voz que decia: salgamos de aquí: salgamos de aquí. A seguida se vió un nuevo prodigio. Un hombre, llamado Anano, principió á clamar: ¡Ay del templo! ¡Ay del templo! ¡Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos! ¡Ay del templo! ¡Ay de Jerusalem! Ni las amenazas, ni los castigos, ni el cansancio, nada bastó para que á todas horas gritase: ¡Ay de Jerusalem! hasta que sitiada la ciudad, y repitiendo el mismo lamento, ¡Ay de Jerusalem! al caer sobre él una piedra arrojada por los sitiadores, exclamó: ¡Ay de mí! Eleázaro prohibió los sacrificios por el emperador, los sicarios y sediciosos se apode-

raron de la fortaleza Antoniana, pasaron á cuchillo los romanos que cogieron, en cambio los romanos degollaron más de veinte mil; los sirios tambien se ensañaron contra los judíos; en Scitópolis degollaron otros treinta mil; todo era furor, rabia, desesperacion, terror y espanto. Los judíos en todas partes eran maltratados, haciendo ellos otro tanto donde se creian los más fuertes.

Muerto Neron, fué nombrado para sucederle Vespasiano, general, enviado para practicar aquellas horribles catástrofes; nombrado éste Emperador, y saliendo para arreglar los asuntos de Roma, poco placenteros por cierto, dejó en su lugar á su hijo Tito, hombre morigerado que como príncipe hubiera deseado terminar la guerra pronta y honrosamente; no lo pudo lograr. Los partidos se odiaban tanto unos á otros como odiaban á los romanos; se mataban, peleaban dentro de la ciudad, ¡cosa rara! Degollándose unos á otros, se unian contra los romanos, para despues continuar su mútuo exterminio. Eleázaro, hijo del pontífice Anano, era dueño del templo y jefe de un partido, Juan de Giscala de otro y Simon de Giora de otro. Josefo el historiador habia sido derrotado en Jotápata, y encerrándose en una cueva con cuarenta hombres se comieron por suerte unos á otros, hasta que reducidos á dos, tocó á éste la suerte de comerse al otro: viéndose solo, se entregó á Vespasiano y profetizándole el imperio, lo perdonó y por sus prendas lo amó. Fué mandado por Tito á Jerusalem á exhortar á sus hermanos á la rendicion ofreciéndoles la paz; no fué escuchado, tratándole de traidor. Habiendo en Jerusalem un número inmenso que de todas partes acudieron á celebrar la Pascua, el hambre dejó sentir sus estragos: los sitiados no dejaban salir, los romanos tambien lo impedian; si alguno lo verificaba, los soldados romanos lo abrian en canal para sacarles el oro que al salir se tragaban. Por fin, las tropas regulares no podían menos de triunfar de gente furiosamente descuidada; los sitiadores entraron en la ciudad, el fuego prendió en el recinto exterior del templo; Tito quiso conservar aquella maravilla del mundo; pero un soldado, cogiendo un tizon y arrojándolo por una ventana del templo, prendió la llama de tal modo que no hubo esfuerzos humanos capaces de apagarlo. Los jefes se ocultaron en las cloacas, el hambre los obligó á presentarse, los cuales sirvieron para engrandecer el triunfo de Tito, siendo Juan encerrado y Simon muerto á manos del verdugo. El deicidio queda suficientemente castigado: su sangre cayó sobre sus cabezas y las de sus hijos, pero no fué solo allí; el derramamiento seguirá mientras dure el mundo.

VII.

Desgracias de los judíos.

Vespasiano mandó vender las tierras de los judíos, quedando cautivos los que no murieron, que fueron un millón y cien mil personas, vendidos los demás á tan vil precio que ya no habia quien comprase esclavos judíos. Los que huyeron á Egipto, no pudiendo contenerse fueron castigados; los que pudieron escaparse, se dispersaron por todo el mundo, uniéndose á los que ya habia por todas partes de la otra dispersion en tiempo de Nabucodonosor, y de la destruccion del reino de Israel: para conservar las santas escrituras que sirven de apoyo á la Iglesia de N. D. R. Dispersos y todo jamás pierden de vista la reedificacion de Jerusalem. El emperador Adriano, no queriendo que del todo se perdiese la memoria de Jerusalem, trató de renovarla; los judíos al mismo tiempo hacian subterráneos con ánimo de apoderarse de ella, poblándola con los dispersos que acudian. Sabedores los romanos, cayeron sobre ellos, matando á innumerables hombres, mujeres y niños; su caudillo habia sido Barcoquebas: esta guerra costó á los judíos quinientos mil hombres.

En nuestra España se habian multiplicado ya en tiempo del rey Sisebuto, que los obligó á bautizarse so pena de muerte. Esta providencia no sólo fué tomada por la tendencia á la unidad del culto, sino por ódio á una raza maldita, que no quiere confundirse con los demás pueblos; por sus exorbitantes usuras, y porque siempre se han mostrado enemigos de las naciones que les han dado hospitalidad. Sisebuto se dice haber sido excitado por Heráclio, emperador de Oriente; los que pudieron escapar se refugiaron á Francia, de donde fueron llamados. San Isidoro dice que las personas sensatas no llevaron á bien el excesivo celo del rey, quien segun Mariana se habia mezclado en lo que no le incumbia.

Siempre dispuestos los judíos á seguir los consejos de los seductores que les calientan los cascos con el regreso á Jerusalem, se les presenta un venerable anciano llamado Moisés, les hace creer que á imitacion del antiguo era destinado de Dios para restablecer el antiguo reino de Jerusalem; empleó un año en recorrer la isla de Creta; muchos abandonan sus establecimientos; llévalos

á un promontorio, les hace creer que los antiguos prodigios los va á reproducir el nuevo Moisés; los más crédulos se lanzan al mar animosos, los menos resueltos ven que las aguas no forman dos muros, se vuelven contra el embaucador, pero no pudieron dar con él: creyeron que era un demonio. En el sitio puesto por los Borgoñones á la ciudad de Arlés los judíos trataron de entregarles la plaza. Cuando Heráclio suscitó la persecucion contra los judíos, en todas las naciones fueron perseguidos. En todas partes donde se han creído fuertes han causado tumultos y crueldades. En la isla de Chipre cometieron horribles crueldades, lo propio hicieron en Alejandria, á pesar de su populosa. El rey Wamba tambien se vió obligado á despedir los judíos de la Galia narbonense. Pueblo infiel, no saben estar bien con las naciones que los acojen. La invasion de los moros no se debió únicamente á los traidores políticos, resentidos de D. Rodrigo, tambien los judíos preferian la dominacion de los árabes sus paisanos á la de los Godos. Ya que los moros ganaron la batalla del Guadalete, donde pereció la flor de España, los judíos abrian las puertas de las ciudades, abandonadas por los fugitivos españoles. A principios del siglo XI, un judío de Orleans escribió una carta al Califa Aquem, diciéndole que si no destruía el Santo Sepulcro, serian tantos los cristianos que fueran á visitarlo que le quitarían su reino. Dióse la casualidad de que un peregrino reconociese al portador de la carta que habia producido la destruccion del Santo Templo; dando parte, fué puesto en el tormento, y habiendo confesado el pecado, fué condenado á ser quemado vivo. Más fervorosos los cristianos de aquellos tiempos que nosotros, en vez de contentarse con el castigo del culpable, la nacion se subleva contra los de Orleans, que era gente rica, y contra todos los del reino, lo que imitó toda Europa; tan apenas quedó algun judío en ella, hasta que la madre del Califa, que era católica, con permiso de su hijo, volvió á levantar el sagrado edificio.

Aunque en todos tiempos han sufrido los hijos de Jacob la pena de su pecado, tambien han hecho sufrir á las naciones por su crueldad, nacida de su desgracia y del orgullo de sus riquezas dimanadas de la usura. Si habian descansado algun tiempo no haciendo daño ni recibéndolo, á fines del siglo XI, cuando el devoto peregrino Pedro el Ermitaño fué mandado desde Jerusalem á pedir auxilio á los cristianos europeos, representó tan al vivo las calamidades sufridas por los que iban á regar con sus lágrimas las sagradas huellas del Divino Redentor, tanto en su nacimiento

como en su predicacion, pero más los lugares santificados en su sagrada Pasión, Resurreccion y Ascension á la gloria, de donde habia descendido para de par en par abrimos las puertas eternas, nunca patentes para la entrada de los desterrados hijos de Eva, hasta el dia en que los ángeles las desquiciaron para *que entrase la santa humanidad*. Tanto los inflama el Ermitaño, que apoyando su pensamiento, primero los lombardos en el concilio de Plasencia, al que siguieron otros celebrados por el Papa Urbano II, siendo el más célebre el de Clermon de Francia, donde no pudiendo dar abasto á tantos como pedian su alistamiento para ir á redimir el Santo Sepulcro, se recurrió á formar cruces que colocaban sobre los hombres para señal de sus compromisos.

En esta ocasion tuvieron que sufrir los pobres hebreos. Los alemanes dirigidos por Gautier el Pobre, que por carecer de dinero no pudo disciplinar á los cruzados que conducian él y Pedro el Ermitaño, acordándose de que los judíos eran los crucifijos de Cristo, se creyeron autorizados para matarlos. Los únicos defensores que tuvieron fueron los obispos; el de Spera llegó á castigar alguno de los matadores; pero la gente armada suele hacer más caso del castigo que del ruego. Algunos se bautizaron por evitar la matanza, apostatando luego que pasó el peligro: sólo un rabino creyó en Jesucristo. Otros degollaban sus hijos y luego clavaban el mismo puñal en sus pechos, y las mujeres que carecian de valor para tanto se arrojaban á los rios; así bendijo Dios la empresa; pues continuando el saqueo por todas partes, los húngaros, gente recién llegada de las márgenes del Volga y Tanais, dieron buena cuenta de muchos; siendo los ménos los que tuvieron la dicha de adorar el Santo Sepulcro. Estos horrores los cometieron los indisciplinados, los jefes no podian remediarlo.

Otra cosa es ya la expedicion franco-bélgica. De aquella nacion, siempre novelera y veleidosa, salió lo más granado del reino; ponen á la cabeza de los cruzados los hombres más eminentes por su nobleza y riqueza, llegando por esta razon á su destino, logrando rescatar la santa ciudad del dominio de los turcos, ya célebres en aquella época; no sin haber sufrido los efectos de la perfidia griega.

Para satisfaccion de los afrancesados y los franceses que tanto vociferan y en tan mal sentido comentan los hechos de Portugal y España en la expulsion de los judíos, vieron que habíanse multiplicado en París tanto como enriquecido; la mayor parte de las casas les pertenecian.

No habiendo pobre ni rico que no estuviera sujeto á ellos por la casa ó por el dinero, tenian además esclavos cristianos á los cuales obligaban á judaizar. Hacia largos años que cundia por la capital el rumor de la crucifixion de un niño que sacrificaban en la celebracion en la festividad de la pascua. Uno de estos fué Ricardo, venerado en Pontoise, en cuyo sepulcro obró Dios milagros. En Chartres tambien fué crucificado otro niño que, metido en un saco fué hallado en el Loira: los autores pagaron su maldad en la hoguera. El rey Felipe Augusto, en vista de las quejas de sus vasallos; les condonó las deudas á que los judíos eran acreedores, tambien les confiscó los bienes inmuebles, y dándoles tiempo para vender los muebles, no dejó uno en la nacion cristianísima.

Por el mismo tiempo fueron maltratados los judíos de Lóndres y de York. Tratábase de la coronacion de Ricardo I; los judíos acuden á la fiesta con su contribucion. Al verlos acudir en gran número de todas partes, el rumor corre de que iban á hechizar á su Majestad. Mal vistos de los naturales, es creido el rumor. La córte prohíbe la llegada de los judíos, mas los curiosos no hacen caso. Mezclados con la gente, á unos descubre su lenguaje, á otros su tez; el pueblo la emprende con ellos, hiere, mata, roba, saquea y maltrata á cuantos coje. Entre los heridos se hallaba un opulento yorquino, que saliendo de la matanza mal herido fué á morir á su casa. Su hermano Joceno reúne á los judíos, que se dirigen al Gobernador de la plaza, temiendo lo que habia pasado en Lóndres. Este les ofrece apoyo, los recibe en la fortaleza, mas luego sale de allí para reunir la gente contra ellos. Al ver esto los infelices, rehusan la apertura del castillo, temiendo que el pueblo no dejaria uno sano. Enfurecido éste, trata de apoderarse del castillo; los israelitas forman consejo. El Rabino, anciano y venerable, opina que antes de morir asesinados deben morir unos á manos de otros para librarse de los oprobios que les esperaban. No todos siguieron este terrible parecer: los que opinaron como él, forman una hoguera, arrojan en ella todas sus riquezas y alhajas y las quemán.

Hecho esto principian á matar sus mujeres é hijos, hacen lo mismo unos con otros; quedan los dos jefes, el Rabino y Joceno, que practican lo mismo que habian aconsejado á los otros, animándolos en la ejecucion. ¿Creeis, amados lectores, que ya está concluido ese horroroso cuadro? pues os equivocais. Los más sensatos y tímidos se asoman entonces á la muralla, levantan bandera de parlamento, dicen que no dudando de la humanidad de sus com-

patriotas, no han querido seguir la desesperada conducta de sus hermanos. Abriendo las puertas, entra el furioso pueblo, arrastrado por la ira y el estímulo de la presa; viendo que su codicia quedaba defraudada, se arrojan sobre los tímidos, á todos los despedazan, quedando sin vida cinco mil personas. El autor atribuye esto á la ignorancia de aquellos tiempos y á la intolerancia religiosa, equivocándose en su juicio, y consistiendo en la conducta de los judíos que siempre y en todas partes se hacen odiosos por sus rapiñas usurarias. Las mismas causas producen los mismos efectos.

Desgraciadamente no siempre los guerreros son en sus obras tan justos como en sus ideas. Ya hemos visto que en la primera cruzada, los militares se ensangrentaron contra los judíos; lo mismo hicieron en las del siglo XIII. No sabiendo los infelices á quién dirigirse, y no obteniendo consuelo del Dios de sus mayores con quien su incredulidad los ha divorciado, recurrieron y no sin fruto á su representante en la tierra, al sumo pontífice Gregorio IX, que verdadero representante de aquel que todos los días hace nacer el sol sobre justos é injustos, escuchó sus ruegos; escribió á los obispos y al santo rey Luis IX de Francia. La Iglesia no se opone á lo que permite Dios con providencia especial. El pueblo israelita fué escogido para que le diese el verdadero culto que le negaban las otras naciones, tributándolo á infames ídolos, á las cosas naturales y á las obras de sus manos; como es reservado para que al fin entre en el reconocimiento del Mesías; que tantos siglos hace que vino, y que ellos siguen esperando obcecados. Siendo siempre el blanco de los temores del pueblo, sufrieron otra terrible prueba en el siglo XIV.

VII.

Nuevas persecuciones.

Si en el siglo XIII tuvieron que sufrir los infelices judíos, no sufrieron menos en el XIV. Mandó Dios una terrible peste el año 1349, en Alemania y en otras partes. El pueblo alemán, poco afecto á ellos, tuvo sin duda alguno de esos hombres pestilenciales que tienen maña y habilidad para conmover las turbas y les metió en la cabeza que los judíos habían envenenado la atmósfera, siendo causa de la terrible peste con que el cielo suele castigar las rebeliones del hombre. Suscitaron una persecucion tan atroz

como insensata contra los desgraciados hijos de Jacob. No perdonaban ni sexo ni edad; bastaba ser tenido por judío para ser inhumanamente asesinado. Desesperados con esta matanza incalificable, se irritan y no quieren vivir más entre cristianos que no saben acordarse de la mansedumbre del Divino Maestro que, diciéndole sus discípulos si quería que hiciesen caer fuego del cielo en castigo de no haberle admitido en la ciudad de Samaria sus cismáticos habitantes, los reprendió diciendo: No sabeis de qué espíritu sois. Las madres que veían los estragos de muerte, temerosas de que matándolas á ellas y á sus maridos fuesen respetados los hijos con el objeto de hacerlos cristianos, incendiaban las casas, arrojaban los hijos y los seguían los padres. En estos dolorosos trances no tuvieron los judíos mejores defensores que los eclesiásticos. Pudo alguno más criminal que inteligente en el espíritu de nuestra immaculada Iglesia mezclarse entre las turbas, y aun capitanearlas, no así la masa de los sacerdotes y religiosos, acostumbrados á repetir las palabras del manso Cordero, pronunciadas en la cruz: Padre, perdónalos que no saben lo que hacen. El Pontífice reinante, que lo era Clemente VI, condenó á quien ejecutase alguna acción que obligase á los descendientes del gran patriarca Abrahán, en cuya descendencia, que es el Divino Redentor, habían de ser bendecidas todas las gentes, á recibir el sacramento del bautismo. No bastando esto para contener la furia de los pueblos de cuasi todas las naciones que se imitaban unas á otras, mandó á los señores obispos que prohibiesen bajo pena de anatema el matar hebréos; ordenando además que se observen con ellos todas las reglas y formas jurídicas en las diferencias que pudieran tener con los cristianos. No se contenta con esto; los vindica de la calumnia inconcebible de que inficionasen el aire, añadiendo que lo mismo morían judíos que cristianos; esto contuvo la furia en algunos puntos, no en todos.

Nuestros vecinos los portugueses también siguieron el mal ejemplo de otras naciones con una ocasion muy baladí. Locos de alegría por las hazañas del grande Alburquerque en las Indias, hacían fiestas en acción de gracia; viendo el pueblo que oía misa en una iglesia de religiosos que el sol reflejaba sus rayos en una urna de cristal que contenía un crucifijo, principiaron á clamar ¡milagro! un judío recién bautizado se sonrió de los vociferadores y quiso darles explicaciones; el pueblo entusiasmado con su aparente milagro, antes que rendirse á las razones, atendió á que era cristiano nuevo; persuadiéndose que la incredulidad procedía de la

negacion del milagro é ignorando que los judíos aman los milagros y los griegos la sabiduría; llegó á tanto la irritacion, que dieron furiosamente contra los israelitas, robando y matando: tres dias duró la matanza en Lisboa, terminándose con el castigo de los más culpables. Este suceso debió dejar levadura; pues el mismo rey Manuel, se creyó más adelante obligado á lanzar del reino á los mismos que ántes vindicó, obligándolos á dejar los hijos menores de catorce años; por qué y con qué derecho verificó lo último, él lo sabrá.

IX.

Conducta de los judíos.

He hablado del origen del pueblo judío; pueblo de Dios, distinguido de todos los pueblos de la tierra, escogido para que conservase la tradicion de la creacion, para que conservarse incorruptos los principios grabados en el corazon humano desde la formacion de Adan y Eva, hasta la venida del Salvador. En la rápida historia que he formado se vé cuán duro de cerviz se manifestó, inclinándose continuamente á lo prohibido y á la imitacion de las costumbres de las gentes que les rodeaban. Era el pueblo de Dios, que lo llevaba como de la mano por donde quiera que iba; que le manifestaba su voluntad con señales y portentos, que, por más pecados que cometieren, bastaban señales de arrepentimiento para que, levantando su terrible mano, los sacase de las mayores miserias: era su Dios, era su rey, era su caudillo, era su guía, era su conductor; mas nada de esto bastaba, ni contenia á este pueblo inconstante. Cansados de obedecer á Dios que suscitaba los jueces que para su defensa les convenian, enamorados de la forma de gobierno de las naciones anatematizadas y otras limítrofes, piden al profeta Samuel, uno de los más santos jueces que Dios les habia concedido en su misericordiosa bondad, que les dé un rey á semejanza de los otros pueblos. Consultando el profeta al Señor, recibió por respuesta, que les concediera el rey, añadiendo: no te han desechado á tí sino á mí para que no reine sobre ellos. Les concedió un rey en su furor, la suerte cayó sobre Saul, quien los trató con tanto rigor como el profeta les anunció, procurando disuadirlos.

De este modo se han conducido ántes; ahora se conducen de

otra manera: cuando tenían profetas santos que les intimaban las divinas revelaciones, las desechaban; cuando les anunciaban las amenazas, los perseguían; consultaban los adivinos, y olvidaban la casa de oración que Dios les mandó construir, en la cual se le tributase el culto más puro y solemne que jamás acertaran los hombres á dar á sus ídolos, obras de manos terrenas. Por el culto de los ídolos impuro y carnal; se apartaban del Dios de sus padres. Viene el deseado de los collados eternos; rásganse las nubes y descende el Justo; los suyos no le reciben. Cuatro mil años habian estado clamando y llamando á las puertas del cielo y nunca porque venia: al fin se manifiesta, y no lo reconocen. Su Mesías habia de ser grande á los ojos carnales del mundo; presentándose humilde ya no le conocen. Obcecados con la idea de un reino más poderoso que el de Nino, de Nabucodonosor, Ciro y Dario, Alejandro y el de los romanos, cuyo duro, pesado brazo los abrumaba entonces, no pueden tolerar que se les hable de Jesús de Nazaret; no les satisface el hombre más gracioso, manso, amable y dulce, el más sábio y elocuente entre los hasta entonces conocidos, el médico de toda clase de enfermedades, el más espiritual que habian logrado escuchar. El oro, la plata y los placeres que, con tan preciosos metales se procuran los hombres, eran el Dios de aquellos tiempos, y no gustaron que les hablase de las riquezas de la gloria; de las magníficas delicias de la casa de su Padre, de aquellas divinas mansiones donde reina con las gerarquías y coros de ángeles y aquellos que imitando las acciones y escuchando las palabras del Hijo, habian de habitar en ellas por una eternidad.

Ciegos los judíos en sus ideas de dominio universal y terreno, no han sabido variarlas al ver que los primeros fundadores de la Religión Cristiana fueron de su Nación, como lo fué el que ellos crucificaron. Cierran también los ojos á las profecías que así lo anunciaban, igualmente que á las profecías de su actual situación, y del ódio que excitan en todas las naciones, especialmente cristianas. Desde la ruina de Jerusalem son indecibles los trabajos, las aflicciones, persecuciones y matanzas que han sufrido. En estos últimos tiempos en que las revoluciones han concedido libertad de cultos vivían más pacíficos y tranquilos con los pueblos y estos con ellos; empero los hijos de Israel están condenados á ser el blanco de sus vecinos, y ahora principian á sufrir de nuevo. No es menester hallarse investido del espíritu profético para predecir lo que principian á padecer. Raza que no se confunde con los ha-

bifantes del terreno que los alimenta, aunque alguna vez se mezcle por medio de uno que otro matrimonio; conserva sus costumbres y usos, no siempre agradables á sus convecinos, que por mucho que se multiplique han de ser los menos en la localidad, salvo raro evento en que insensiblemente se vayan aumentando y reuniéndose. Como ellos se dedican á los oficios más lucrativos, y más que á otra cosa á la usura, se hacen insoportables á todos.

Rara será la vez que en los trastornos políticos no tengan su parte: es vieja entre ellas la costumbre de ayudar á los extranjeros en sus acometidas á los países que habitan, como es general la opinion de que no son ajenos á las sectas secretas; si como secta, si como particulares, lo ignoro, pero se ven chispazos donde figuran ellos. Lo que está sucediendo en Francia nos dá una prueba suficiente. Entre los que dirijen los destinos de la desgraciada Nación, se dice que son ó descienden de judíos algunos. El hecho de haber quitado de las escuelas los crucifijos, rompiéndolos y profanándolos, de los cuales son los israelitas más enemigos que nadie, preparan un depósito de ódio en todos los corazones cristianos, cuyo estallido se dejará sentir con el menor pretexto. Siendo el carácter dominante de la raza hebrea el aislamiento de los otros cultos, considerándose ellos mismos como habitantes en tierra extraña, cual si se hallasen en un nuevo Egipto, dispuestos á salir para la tierra santa, no tienen apego á la tierra en que viven; por lo mismo hay pocos que se dediquen á las labores campestres y sí á las liberales, al comercio, al tráfico y á todo lo que ménos se roce con los asuntos religiosos: siempre dispuestos á poner haldas en cinta para volver á la Jerusalem arruinada.

Por lo que se está descubriendo en Rusia, si no son el alma de las sectas secretas, pues en varios complots se están viendo judíos, son adictos; los bienes están mal distribuidos en aquel inmenso imperio, los grandes señores son dueños de inconmensurables terrenos. Hasta nuestros dias los cultivadores eran esclavos, sujetos más ó ménos á los caprichos de sus señores; en vista de la propaganda hechá por los europeos en aquel reino, á lo menos la mitad asiático, especialmente por los franceses é ingleses, que no descansarán hasta que no vean aquellas heladas regiones practicar el liberalismo inglés; perfeccionado por los franceses, persuadidos de que toda invencion se ha de hacer francesa antes de llegar á ser general, tarde ó temprano la revolucion llegará.

Por más adherida que la poblacion rusa se halle á su dinastía y á su forma de gobierno más ó ménos despótico, los gran-

des, algunos de los principales, más de los segundos, bastantes más de los terceros, más y más de los últimos hidalgos, con muchísimos de los hombres de ciencia y comerciantes, están por la moda occidental; entre todos estos se hallan mezclados los judíos, no menos activos que los demás, y más ganosos de entrar en la plenitud de los derechos nacionales, pugnan porque llegue el anhelado día de la igualdad; Siendo el pueblo pobre y bracero, sea del campo ó del taller, el que más difícilmente renuncia á sus hábitos, costumbres y religion, los revolucionarios han tenido buen cuidado de introducirse en las universidades, en las cuales toman su parte los judíos, desparramados; y unos y otros propaladores de la instruccion obligatoria del pueblo, infiltran las ideas modernas en los estudiantes que, pasando el invierno en las universidades, van los veranos á propalar, difundir, inocular sus ideas entre los pobres ignorantes, haciendo creer que el día que se planteen las reformas en todas las clases, los braceros, oficiales, campesinos, colonos, inquilinos, todos han de ser felices. Esto lo inculcarán más que otros los judíos, haciendo ver á sus convecinos que entre ellos, por su misma ley, no ha de haber ninguno absolutamente pobre.

— Como realmente los judíos se socorren unos á otros con sus préstamos mayores ó menores; como los que no se dedican á las profesiones nobles, lo hacen al comercio ó á la industria, reparando poco en la clase, con tal que dé dineros el oficio. Han debido tomar algo del emperador Vespasiano, quien los venció, vendió y dispersó por todas las regiones del universo, para que llevasen sobre sí la ignominia de su deicidio, que impuso un tributo sobre una cosa que huelé mal, y, afeándole su hijo Tito aquel innoble tributo por su fetidez, aproximándole á las narices el oro del tributo le dijo: ¿Huele mal esto? Los judíos son poco reparosos en la clase de industria, dado que produzca dinero, porque en recogiendo algo que no les haga falta para los gastos diarios lo colocan á usura; y si el oficio produce y el capital aumenta, si antes eran usureros pasivos, se convierten en usureros activos, dando su dinero á los necesitados, con tanto aumento que los ricos se empobrecen y envilecen, y los pobres y los viles y desgraciados se enriquecen, engrandecen y ennoblecen.

De este modo de enriquecerse, del orgullo que suelen engendrar las riquezas nace la ira, furor y rábía de los arruinados, degenera en odio, ó en envidia y la envidia en venganza. De aquí la ira que contra ellos ha estallado en Rusia de poco tiempo á esta

parte. Los diestros agitadores que no cesan de procurar medios para que el pueblo manifieste su disgusto contra alguna cosa, estudian qué es lo que generalmente hay más odiado por ser lo que más á ellos les molesta ó los persigue, principiando entonces á tirar dardos y saetas contra aquella clase, no parando hasta hacerla objeto del ridículo, de la sátira, del ódio ó la venganza: siendo esto lo que ha producido la emigracion de los judíos rusos, que se dicen ser descendientes de los arrojados de España por los gloriosos Reyes católicos que se propusieron la magnífica idea de darla una sólida y verdadera paz y tranquilidad, porque en cerca de ocho siglos habia tenido pocos dias felices. No pudiendo ser duraderas por las malas mañas de la nacion judáica, en todas partes extranjera, los despidió para siempre.

X.

Regreso de los judíos á España.

Si se tratase de escribir un libro registraría documentos que historiasen lo sucedido en esa nacion tan poco conocida de nosotros por su distancia, por nuestras pocas relaciones comerciales, por su religion, lengua y literatura. Empero los periódicos nos han indicado que no ha sido extraño á los malos tratamientos el ódio que se profesa al pueblo deicida entre cristianos de cualquier secta que sean, por más que disten de la verdadera religion. La causa primordial de las desgracias las debe á su dureza é incredulidad, que no puede ni sabe y acaso no quiere siempre disimular. Parece imposible que hombres de todas edades, clases y condiciones conspiraran desde el siglo pasado con tanta generalidad contra la religion de Jesucristo, sus ministros, sus comunidades, sus bienes y sus iglesias, sin que alguna secta judáica embaucase á tantos descendientes de católicos á cometer tantos desmanes y atropellos contra la religion de sus padres. Y, aunque ahora no se habla de crucifixiones de niños, ni de azotar á los crucifijos, basta y sobra los que desde fines del siglo pasado han sido hechos pedazos con el hacha y quemados, tirados á un sótano, á un sotabanco, donde la cal viva ó la humedad ha concluido con ellos, como con las imágenes de la Santísima Virgen y de los Santos.

No falta quien diga que la persecucion ha sido casual, que tuvo principio en una taberna por un vaso que se cayó ó se dejó caer

de propósito; sea de esto lo que quiera, en el agua no se prende fuego naturalmente, es necesario tizon y leña preparada para el incendio. Una tormenta parece formarse repentinamente, pero las causas vienen de atrás, y los buenos marinos la preven como los buenos astrónomos la tronada por la cargazon de la atmósfera. Toda catástrofe política viene preparada de muy atrás. Si los ánimos no estuvieran predispuestos contra los hijos de Jacob, no hubiesen sido tantos, ni tan generales los desastres. Levantarse los pueblos contra ellos simultáneamente, quemarles las casas ó los muebles, tirárselos y destrozárselos, atropellarlos á ellos y aun matarlos, no sucede por casualidad, y menos en distintos pueblos, provincias y regiones. Hay en estos casos un plan combinado por una cabeza que lo comunica á un centro, ó un centro lo inventa, comunicando el plan y los medios de ejecutarlo por todos los ángulos del territorio designado. Las riquezas que los judíos adquieren por acciones no siempre lícitas y justas, son las causas más principales que de tanto en tanto les acarrear desgracias como las que ahora lloran. Estas son la causa de que hayan huido tantos miles de familias á buscar refugio y tranquilidad á Constantinopla, como á pueblo asiático y más afecto á ellos.

XI.

Estado en que pueden encontrarse los judíos rusos.

Que tendrán apuros y necesidades la mayoría de ellos, ¿quién no lo piensa? Que son dignos de compasion, ¿quién no lo comprende? Que los cristianos debemos tenderles una mano, ¿quién no lo siente? Nosotros les somos deudores de la religion pura y santa que profesamos. De su linage ha nacido Nuestro Divino Redentor; los que nos sacaron de las tinieblas de los errores y horrores de la idolatría fueron sus hermanos. Santiago el Mayor, hermano de San Juan y pariente del reparador del género humano, era judío; éste y otros de su nacion nos trajeron los primeros albores de la ley de gracia, y ellos están dispersos por todo el mundo confirmando la divinidad de nuestra religion por medio de las muchas profecías que anuncian al enviado del Padre. Ellos muestran por todas partes con la Biblia del antiguo testamento, que nosotros no hemos fingido nada de lo que atribuimos á nuestro Divino Salvador. Por este medio y porque los mismos se manifiestan contrarios al que no quisieron

ellos recibir y nosotros recibimos, probamos la divinidad de nuestra santa religion.

Sin embargo de todo esto, no creemos ni necesario, ni conveniente, ni útil que vengan á nuestra tierra los descendientes de los expulsados. Pueblos que les dieron hospitalidad, cuando nosotros se la negamos, están hartos de ellos. Lo sucedido en Rusia actualmente se halla á la vista de todos; y si no sucede más por ahora es á causa de haber acudido en su auxilio las numerosas tropas del grande imperio. En el imperio alemán no sucede lo mismo por el brazo de hierro que los contiene, pero no han dejado de manifestarse síntomas de persecucion. Sobre que antes ha habido algunos tumultos, despues han comenzado las manifestaciones que llaman legales, señales todas de que se acercan días terribles para la raza de Abraham. Esta pobre gente goza de un triste privilegio. Cuando hay alguna cosa mala cuya causa se ignora, es costumbre cargar el muchuelo á los judíos. Esto sucedía, dirán algunos, en tiempo del oscurantismo; pero hoy no estamos en esos tiempos y sin embargo se renueva el mismo propósito. Supongamos que el pueblo ruso esté ménos ilustrado que el alemán; pero este que es en nuestros días el que dirige las naciones, manifiesta en todos sentidos que no le gustan los judíos, y los manifestantes no son todos idiotas, los que peroran son gentes ilustradas; sin embargo, no quieren que los morenos habiten con los rubios ó castaños.

Los enémgos de los judíos, que podrán ser revolucionarios que tomen por pretexto á los judíos, pueden aplaudir allí, los que rechazarían en España, son gente poderosa y altamente apoyada. ¿Por qué en estos momentos en que tan agitada está Alemania con la cuestion católica, cuyo inocente objeto es acabar con la Iglesia Romana, se ha levantado tanta polvareda contra los hijos de Israel? No puede ser otra la causa que los temores abrigados por los alemanes de que los judíos puedan ser un elemento perturbador dentro del Estado; ya porque de suyo son perturbadores por ser pocos contra muchos; ya porque les suceda lo mismo que al enfermo que colocado en una postura, se le figura que se hallaría mejor en otra; como si el mal estuviera en la cama y no en el cuerpo. Ello es cierto que en todas partes son mal mirados, y tratados con desconfianza. Son los dueños del dinero, de los bancos, del papel del Estado, de las compañías, de las empresas, de los préstamos. Como se hacen dueños del dinero de las naciones, no se entiende, á no suponer que haya judíos ocultos que figurando en los partidos que al-

ternativamente se suceden, se entienden con ellos. De otro modo no se comprende cómo unos extranjeros se cargan con las riquezas movibles de los pueblos que los hospedan; porque huéspedes y peregrinos son en todas partes; siempre dispuestos á escuchar la voz de uno que se llame profeta para irse con él y tras de él á renovar en Jerusalem el reino de Judá. Este es su sueño dorado, á él escuchan, á él obedecen, en él esperan. Todo su anhelo lo fijan en vivir en su propio país, ó por lo ménos con sus propias leyes; nada de sujecion á gente extraña, llevando tanto tiempo bajo distintas dominaciones, en tan distintas tierras. Ya que serán pocos los ángulos de la tierra en que los hebreos no sean conocidos, no pueden avenirse á vivir sujetos á los profanos. Viéndose condenados á vivir sin templo ni altar, sin sacrificio ni sacerdote, sin príncipe ni autoridad propia, procuran salir del estado de abyeccion en que se encuentran. No consiguiéndolo, buscan nuevos medios para lograr sus fines, siempre esperando, siempre maniobrando para separar el hombro del peso de las profecías que los condenan á vivir en una especie de esclavitud; quieren hacerse libres, y por eso, no pudiendo hacer prosélitos como judíos, pues todos saben quien dijo que la ley de Moisés es un yugo que ni ellos ni sus padres pudieron sufrir, se valen de otros medios, haciéndose partidarios de cuantos aspiran á conmovir los fundamentos de las naciones, soñando llegar por este modo á su deseado reino, si no de Jerusalem, de Mesopotamia ó de otra parte donde puedan ser dueños, árbitros é independientes.

XII.

Cómo se hallan en toda Alemania.

Si en lo que hoy se llama el imperio alemán se han declarado tantos y tan poderosos enemigos de los judíos, no será extraño que en el austriaco suceda más. Si el Norte de Alemania es protestante, y por tanto más dispuesto á fomentar en su seno la secta judaica, pues una más poco importa á los paisanos de Lutero; en el Mediodía, en los antiguos electorados y obispados eclesiásticos son católicos en su mayoría; menos transigentes con las sectas, aunque si más compasivos con las personas alucinadas, no encuentran reposo los infelices; no será extraño que en Austria-Hungría, país generalmente católico, tengan pronto que sufrir. En otras

naciones los israelitas tienen más ó ménos influencia en los gobiernos segun el número que sean, y la posición que ocupen; en Austria dominan, no por el guarismo personal, sino por el pecuniario. No solo son dueños del oro, la plata y papel del Estado, sino del gobierno. Parecerá paradoja que un número de ciudadanos respectivamente insignificante domine á otro mucho mayor; pero no lo es. En tal grado han traído las sectas las naciones, á la indiferencia, que parece imposible lo que se dice de la prensa periódica. Necesitándose mucho metálico para crear un periódico y propagarlo, sin duda no hay en Austria gente adinerada que pueda crear, difundir uno, y propagarlo y sostenerlo. O por otra parte, los judíos se han dedicado solo á los estudios y no hay austriacos que escriban. Mas si esto es difícil de creer, no lo es menos el persuadirse que haya católicos y aun protestantes que lean, paguen y sustenten las empresas periodísticas que tanto perjudican á la verdadera religion. Esto no tiene explicacion, esto seria incomprendible, á no vivir en un siglo positivista, materialista, metalizado. Pero ¿es posible que en Austria no haya quien escriba en buen sentido, religioso, moral? No faltarán buenos escritores, pero faltan lectores de cosas serias. Sáquese á la gente del día de cosas que hagan reir, que diviertan, distraigan y enriquezcan á los especuladores, con pérdida de los intereses de millones de familias, y no tiene V. un partidario. Cuando considero esta terrible posición de los austriacos que han puesto en manos de los judíos la dirección y creación de la opinión, tiemblo por ellos. Los creo envueltos en una red de que no podrán salir; veo disuelto el grande imperio que nacido en el castillo de Habsburg, por la habilidad de Rodolfo y sus herederos, ha llegado á ser dueño de Europa; veo disolverse el teatro en que admiraron al mundo los dos españoles hermanos, Carlos V y Fernando I. Toda planta que tiene en su seno un insecto, que penetra en su corazón, muere. Así morirán los imperios que no tengan á raya á los extranjeros que, si bien se llaman naturales por el largo tiempo de domicilio, no adquieren carta de naturaleza, teniéndose siempre por ciudadanos de la patria de origen. Lo que sucede en Austria viene á suceder en mayor ó menor escala en todas las naciones europeas: por todas partes los judíos odiados y halagados. Odiados por lo que son y halagados por lo que tienen, por más que sean las sanguijuelas que chupen la sangre de todos los pródigos, ó tontos, que viéndose apurados no quieren desprenderse de una finca que los sacaría de apuros y toman á un rédito exorbitante, que unido al ca-

pital, sube en tal manera que al cabo de pocos años el rico que no deseaba ocultar el mal estado de sus negocios, se ve en la calle desnudo, y el prestamista en su palacio.

XIII.

¿Los judíos deben ser admitidos en España?

Tiempo es ya de que entremos de lleno en la cuestion. Sabiamos por los periódicos los alborotos de los rusos contra sus ciudadanos los judíos; sabiamos que muchos temiendo la repetición de tan bárbaros hechos habian huido de la tierra que los vio nacer, que no habian sido recibidos en Alemania ni en Austria, que habian llegado muchos á Constantinopla, y, dejando á los periódicos la exactitud de la noticia, que nuestro cónsul en Constantinopla compadecido de ellos, se habia dirigido al Gobierno, diciéndole que habia llegado el tiempo de deshacer el agravio que los Reyes católicos les habian hecho. La compasion está tan en su lugar que no habrá un español que no trate de aliviar su miseria; pues aunque todos fuesen ricos, las pérdidas del saqueo, los viajes, los contratiempos son capaces de aniquilar al más opulento banquero, cuanto más á los infelices que solo contasen con un insignificante caudal para grangear dia por dia. Si en esto no podemos discordar, no es tan fácil que concordemos en lo del desagravio.

Las naciones y los individuos y aun los mismos irracionales tienen el instinto de conservacion. Los criminales que cometen excesos penados por las leyes, aunque bajo la presión de una locura momentánea, que se les pasa tan luego como han visto los resultados de su furor, son lanzados de la sociedad, no solo por el crimen pasado, sino, y especialmente, porque no lo repitan. No hay persona que no aparte de sí todo lo que le molesta y le incomoda, que si no puede separarlo, no procure librarse de sus importunidades cuanto le sea posible. Esto lo vemos á cada instante en nuestros vecinos, en nuestras amistades, en nuestras relaciones; no hay uno que no busque la compañía de sus semejantes. El rey para los actos generales de su vida gusta más del trato de otros reyes que de sus vasallos; el príncipe de otros príncipes, el título de otros títulos, el hidalgo de otros hidalgos, y esto suele ser por vanidad. Los sábios buscan sábios, el teólogo, el legista, el filósofo, el médico, el militar, el navegante, el comerciante, todos estos por necesidad buscan los de su profesion, porque todos aman

la conversacion de los que lo entienden y con quienes puede comunicar. El poeta, el novelista, el comediante buscan á los de su oficio ó profesion, porque con ellos habla su propio lenguaje. El labrador habla de aperos, abonos y cosechas; el pastor de sus vacas, cabras, ovejas, caballos; el albañil, carpintero, herrero, yesero, calero, se buscan á sí mismos, como el pintor, el músico, el arquitecto, el escultor, el ingeniero. Cada oveja con su pareja, se dice vulgarmente. No hay cosa que más se resista al hombre que el tener que vivir con una persona incómoda, con la cual no pueda simpatizar. De ahí las discordias de padres é hijos, de marido y mujer, de hermanos, parientes, amigos, vecinos, compañeros de cualquier oficio, profesion ó arte; los cuales en varias ocasiones llegan al parricidio, homicidio. Verificándose esto entre estas personas que generalmente tienen unos mismos intereses, ¿qué extraño es que todo esto suceda hoy en un pueblo, mañana en una villa, hoy en la ciudad, mañana en la provincia, este dia en el reino, otro entre diversas naciones? ¿Por qué, cuando riñen los particulares acuden las autoridades á poner paz? ¿Por qué cuando los pueblos se amotinan se mandan civiles? ¿Por qué sublevándose las ciudades envian soldados? ¿Por qué dividiéndose los pareceres en ideas é intereses vienen las guerras civiles? ¿Por qué, al fin, hay guerras exteriores de nacion á nacion, cuando la que se cree más fuerte provoca á la débil para llevarla á la guerra, vencerla, humillarla y absorberla? Porque no pueden vivir en paz, hasta que la una de las dos partes subyugue á la otra y le haga tascar el freno.

Muchas ó varias de estas cosas han obligado en la presente edad como en las pasadas á descargarse de una numerosa poblacion que la tierra no podia mantener, ó de una tribu, raza ó familia que no queria, no sabia ó no podia acomodarse á vivir con los demás, sin perjudicarles, ya en sus intereses, y en su tranquilidad, ya en su religion, ya en sus hábitos y costumbres; ya en cualesquiera cosa en que tanta fuese la discordancia que no pudiesen cohabitar bajo el mismo cielo.

Las colonias de la antigüedad en un sentido ó en otro tuvieron ese origen. Es verdad que por de pronto muchas de ellas dependian de la madre patria, eran protegidas de ella, conservaban mútuas relaciones, sobre todo comerciales; pero no en todas sucedia lo mismo. Cuando una tribu poderosa lanzaba á otra de su terreno, la última hacia lo mismo con la inmediata, en cuyo caso solia reinar el ódio entre los acometedores y los acometidos,

ó tenia la despedida que ir rodando de sitio en sitio hasta que hallase uno cómodo y suficiente para sus necesidades, y entonces cesaban las relaciones con la patria ó ingrata ó insuficiente para todos.

XIV.

Los judíos no se mezclan con los pueblos donde habitan.

Los judíos no son una colonia que depende de la madre patria, pues no la tiene, son varios enjambres salidos de la misma colmena sin posibilidad de volver, ni formar patria donde quiera que vaya; su patria es todo el mundo donde pueda ó la dejen habitar. Suponiendo que lleven años y más años en una nación, no se tienen por parte de ella, son como peregrinos ó comerciantes que están esperando el tiempo de la marcha. Son, como acostumbran á decir los enemigos de la iglesia, aunque sin razon ni fundamento, un estado dentro de otro estado; cuyo jefe es el rabino ó el más calificado entre ellos, no obstante que en lo exterior ó lo civil tengan que ajustarse á las leyes comunes. De aquí ese empeño en conservar su ley y tradiciones en cuanto les sea posible; de aquí el no enlazarse con los naturales del país, yendo á la nueva familia; si alguna vez se enamoran de mujer extraña, faltando en esto á su ley, que se lo prohíbe, lo verifican generalmente llevando la prosélita á su familia. Por eso no sucede lo que en los demás pueblos, que al cabo de tiempo conquistadores y conquistados, emigrantes é indígenas, llegan á confundirse en un solo pueblo.

Este aislamiento los hace odiosos unas veces, y otras sospechosos y siempre extraños; téngase además en cuenta su desordenada ambicion y nadie extrañará que de tiempo en tiempo se vean obligados á emigrar. Cabalmente en nuestra patria ha sucedido lo que nos hallamos comentando. ¿Cómo andarían las cosas desde un principio, cuando el rey Sisebuto los obligó á bautizarse, contra la mente de la iglesia que no puede desear gente forzada en su seno? pues el Divino Maestro mandó á los apóstoles á predicar, á instruir y á bautizar, sin más violencia que esta: el que creyere y fuere bautizado será salvo; el que no creyere, y por tanto no se bautizare, será condenado. Para llegar el celoso rey á estos extremos, menester era que hubiese motivos poderosos, menester era que viese los malos resultados y malos ejemplos que daba la existencia de un pueblo que no queria emparentar con los otros. Dos pueblos puede decirse formaban entonces la nacionalidad es-

pañola; el de los antiguos hispanos, subyugados, y los dominadores compuestos de varias razas; pero ya unidos por los casamientos y por la unidad religiosa, por la unidad y comunidad de bienes, en la cual no querian entrar los judíos.

XV.

Se defiende á los Reyes católicos por la expulsion.

Ya se ha dicho en la reseña histórica lo suficiente para probar lo mal que se conducian con la patria solariega; concretándonos en esta ocasion á la expulsion, á que fué indispensable recurrir, no habrá persona que use de sus cinco sentidos y tres potencias, á no estar aferrado á una secta enemiga de la patria, ó ser partidario del imperio, llámese así, ó república universal, que no conozca, se persuada y convenza de que los rectores de las naciones no se desprenden de la poblacion, cabiendo, sin graves compromisos y motivos. No hay época en que no se haya recurrido á la guerra por redondear el reino, por apoderarse de unos montes difíciles de pasar, de un rio de grande caudal, por aumentar el territorio y con él la poblacion. Es tal la condicion humana, que no habrá rey de Portugal que no sienta que su reino sea pequeño respecto á España; el de España en ciertos casos querria ser mayor que el de Francia; el de Francia tan poderoso por mar como el de Inglaterra y así hasta Rusia, el más extenso de los imperios, si bien ménos poblado que China. Esta es la miseria del corazon humano, jamás se sácia con lo que tiene. Y quien dice de los pueblos, dice de los reinos y de los particulares. Los reyes y príncipes de Alemania, nada eran sin el imperio. Solo Prusia que á fuerza de guerras y conquistas se habia engrandecido, era respetada; hecha ahora cabeza del nuevo imperio, proclamado en la patria del gran rey Luis XIV de Francia, que con política errada tanto habia protegido á los protestantes contra los católicos, no solo es en el día respetada y árbitra de Europa, sino temida; sin embargo de su grandeza no se halla dispuesta á despedir sus judíos, escuchando los ruegos de sus enemigos.

¿Y se quiere hacer creer que los reyes de España cometieron una injusticia, y al propio tiempo un suicidio? Verdad es que acababan de conquistar el reino de Granada y que entonces no les habia falta la poblacion; que unidos los reinos de Aragon y Castilla no tenian enemigos temibles; no siendo menos seguro que el reino

estaba despoblado con tanta guerra y batallas ganadas y perdidas, con tantas comarcas arrancadas de mano del enemigo que acaso á la primavera nos las hacia perder; que conquistado el reino de Granada, los que no quisieron aceptar las leyes castellanas se marchaban á su antigua patria; que los que las habian aceptado se cansaban de ellas y emprendian el mismo camino, dejando el terreno sin cultivadores; siendo esto cierto y que necesitaban millones de brazos, todo no impidió que la nacion en peso pidiese y llevase adelante la expulsion de la parte enferma y contagiosa y peligrosa. Los que recurren á la intolerancia religiosa, no están en lo cierto. Mil quinientos años aproximadamente hacia, si ya no los habia anteriores á la ruina de Jerusalem, que habitaban en España: nunca bien quistos, siempre tolerados. Siendo esta tolerancia forzosa por la prolongada guerra de cerca de ocho siglos, cuando ya no habia moros que temer entraron en cuentas con los judios. Estos habian sido por regla general más amigos de los árabes sus paisanos, y aun hermanos, que nuestros. Lo habian probado en mil ocasiones, habian cometido horrendos crímenes en ódio á la religion nacional; se habian enriquecido desmesuradamente á costa de sus vecinos; se habian aprovechado de los azares de la patria para empobrecerla con la usura; la nacion estaba cansada de ellos en todo: se les rogó é instó á que se uniesen á los nacionales por medio del santo bautismo y comunicacion de bienes; no habiendo medio de dar la tan deseada, llorada y anhelada paz á la patria, de acuerdo con todas las corporaciones, religiosas y civiles, fueron expulsados.

Ya la nacion, cansada de las atrocidades de los isrealitas, habia hecho una horrorosa matanza de ellos, porque tanto era el número de judios y judaizantes que, acabándoseles la paciencia, pagaron á varias atrocidades, con una general. Ya en vista de tantos delitos de traicion, de crímenes contra los cristianos, creyó el rey católico que no quedaba más remedio contra los judios constantes, contra los relapsos y contra los judaizantes, los cuales no eran pocos ni de poca valía, que establecer contra ellos el santo Tribunal de la Inquisicion. La reina doña Isabel lo repugnó; cediendo al fin á los deseos de su amado esposo; se pidió la competente bula de la Santa Sede, entonces regida por el franciscano Sixto IV. Los enemigos del Santo Oficio han declamado constantemente contra esta institucion, dicen que por sus rigores, que si los hubo, fueron debidos á la influencia régia y láica. La bula se pidió en 1480, siendo el primer inquisidor general el dominico Fr. Tomás Torquemada.

No bastando ni aun esto, porque los judíos mataban á los que servían de testigos si podían descubrirlos, apurados los recursos de sermones, misiones, conferencias, amonestaciones, fué forzoso dar el decreto de expulsion el 30 de Marzo de 1492, del mismo año de la toma de Granada. Los reyes resistieron lo posible, compadeciéndose de tantos que podrian ser inocentes de crímenes, si bien nó lo fuesen de incredulidad; por fin, se vieron obligados á ceder á las excitaciones de los pueblos.

La confiscacion de los bienes, que no debió ser general, podrá tener sus adversarios jurídicos y políticos, si bien ellos habian dado un ejemplo, ordenado por Moisés, como compensacion de los agravios de los egipcios; quizá los españoles se valieran de lo mismo, para resarcirse de las exorbitantes y prolongadas usuras. Probado que la religion y el fanatismo, como dicen muchos modernos, fueron las que menos influyeron en tan terrible y doloroso acto de justicia; para evitar que la gangrena del judaismo y la del islamismo, unidos en nefando contubernio, matasen la patria, ó por lo menos la perturbasen con frecuentes rebeliones; la dieron paz duradera por más de dos siglos, y tres, no tomando en cuenta la guerra de sucesion, obra más de circunstancias y de tendencias extranjeras que verdaderamente española. Probado que los descendientes de Jacob no tienen un derecho á regresar á España, entro en el exámen de conveniencia y utilidad.

XVI.

Ninguna ventaja nos traerán.

¿Qué nos traen los huéspedes despachados por nuestros antepasados? ¿Una religion que se acomode á la nuestra? No, porque ellos no abandonaron la antigua, que si Moisés volviera al mundo tendria sus dificultades para reconocer la ley que de mano divina recibiera en el monte Sinaí y les entregara como testamento; esto respecto á la letra, que refiriéndose á las interpretaciones, de modo ninguno las tendria por naturales y legítimas. ¿Qué diríamos de los profetas mayores y menores que profetizaron al Santo de los santos? Tambien hallarian sus dudas con referencia á la letra, y mayor que Moisés en cuanto á las interpretaciones. Y ¿qué diremos del real profeta David que de tantas maneras anunció la venida del Divino Mesías, de cuyos descendientes habia de nacer? No

reconocería las interpretaciones, si acaso conocía el texto, más difícil de alterar, por cuanto los salmos se cantaban continuamente ya en las sinagogas, ya en las iglesias. Sobre este negocio tendríamos lo mismo que tuvieron nuestros ascendientes; enemigos encarnizados que se unirían á todos los disidentes en religion y en doctrinas de N. S. Madre la Iglesia. Esto importará poco á sus protectores; pero afecta no poco á la paz de la nacion, á la tranquilidad de la patria por la que deben mirar todos los gobernantes, pertenezcan al partido que sea ó á la secta en que hayan nacido, ó á que se hayan afiliado por libre acto de su voluntad.

XVII.

¿Es útil su venida?

Es obligacion de todos los que gobiernan las multitudes mirar por el bien de estas. Aunque el hombre por una inclinacion de la naturaleza decaída sienta inclinaciones á la independencía y á usar libremente de su voluntad, sin atender á si perjudica á otros, y aún á sí mismo, la experiencia le ha enseñado que no puede vivir sin superior. La naturaleza le enseña, á ver en todas partes un enlace, un órden que no puede ménos de tener un organizador, un director y conservador: desde niño ve por experiencia que no es nada ni vale nada sin una ayuda; privado de esta, sucumbiría poco despues de salir del vientre de su madre; sin salir de la casa paterna, luego conoce que allí hay dependencia y subordinacion para que haya paz y órden; saliendo de allí, observa que los mismos niños, cuando distrayéndose los unos con los otros, principian jugando y salen riñendo, corren hácia el padre, madre, hermano, pariente ó criado, buscando amparo y defensa. Luego que llegan á la edad en que los brios aumentan, en que los intereses son diferentes, las inclinaciones diversas, ya no sucede lo que en la infancia, que riñen y de allá á un instante, llevados de la inclinacion al jugueteo, vuelven á lo mismo sin pensar en el daño recibido; siendo mayores sucede lo contrario, que á la riña sigue el rencor, el ódio y quizá la venganza. Si en aquellos momentos no hubiera encargados de regir á los pueblos, nos mataríamos hasta exterminarnos. Por esa razon, por más que sintamos la coartacion de nuestra libertad, conocemos la necesidad de una mano fuerte que á veces nos contenga y á veces nos proteja,

no de un modo arbitrario, si con leyes, decretos ó bandos anteriormente notificados; de este modo si no se estinguen del todo las riñas y venganzas, se aminorarán; pero á esta persona no la obedecemos solamente en vista de la necesidad de un moderador que nosotros hemos nombrado; le obedecemos porque, además de la revelacion, la experiencia nos enseña que desde la casa paterna donde se manda con autoridad cariñosa, hay una gerarquía, que se remonta de uno en otro hasta Dios, que todo lo dispone con peso y medida.

XVIII.

Reflexiones que deben hacer los hombres de Estado.

Los que han sido encargados para ejercer la primera autoridad, no sólo deben mirar á su modo de ver y apreciar las cosas, han de mirar tambien cómo las aprecian los demás. En estos tiempos en que hay partidos con divisiones y subdivisiones, los que miren los asuntos por el microscópico aspecto de su interés de partido, podrán contentar á unos cuantos, pero descontentarán á la generalidad, y de aquí las guerras civiles, los pronunciamientos y las revoluciones. Los legisladores deben mirar á lo pasado para consultar la experiencia; al presente para comprender las necesidades del momento con arreglo al bien general, y á lo futuro, leyendo en lo por venir á fin de que sus providencias ó leyes sean perpétuas, en lo que cabe perpetuidad en la inconstancia humana. Consultando de esta manera las miras, las tendencias, las inclinaciones de la nacion, podrá ver un reflejo de luz que lo guie en un asunto del cual depende la paz presente y la tranquilidad futura. El aumento de la poblacion no debe ser su punto de partida, pues la que hay no puede sostenerse; díganlo los de las provincias de Levante que se marchan al Africa porque no pueden mantenerse en el país nativo; lo propio acaece en las del Norte, que buscan la mejora emigrando á las dos Américas. En qué consiste que no se pueda mantener la poblacion desheredada de la patria, lo sabrán los economistas y los que se dedican á estudiar las causas físicas y los fenómenos ordinarios y extraordinarios. Entre otras causas deben influir las alteraciones en las estaciones del año, que parece que de dia en dia se trastornan, ya por los frios tempranos, ya por los tardíos, sea por las muchas lluvias y á veces tor-

renciales, que robando la tierra á las sierras y collados, queda la piedra en descubierto, sin que la cubra una pequeña cantidad de tierra donde se crie un arbusto, una salvia ó un tomillo; sea porque estas mismas aguas se derraman por los valles derribando árboles, arrancando las verduras, llevándose la tierra buena y dejando piedras y arenas. También los hielos perjudican, una vez por adelantarse con demasiada intensidad, otra muy tarde, que abrasan los tiernos tallos; es lo cierto que la sementera produce poco y los árboles y viñas pierden su fruto. Esa desnudez de las sierras donde no hay un puñado de tierra, siquiera fuese un pequeño hoyo en los peñascos, es la causa de que no produzcan los montes, no sólo árboles de los cuales difícilmente se verán cubiertos, pero ni una jara para que deteniendo algún tanto la tierrecilla que pudiera descender de lo más alto, criase algunas yerbas que apacentasen los ganados. Los cerros están pelados y los llanos no producen para alimentar la vaca, la cabra, la oveja, el cerdo, y el caballo.

No hace largos años que los economistas se lamentaban de que hubiese tantos célibes, frailes y monjas, curas y capellanes; en nuestros días, que este género abunda poco, ya la tierra no nos puede sostener, no nos proporciona alimento. Causa espanto á qué precio han subido en Madrid las carnes finas y bastas, las frutas y verduras y hasta las patatas, el alimento más cotidiano, y el de más alimento entre las verduras, el que ménos condimento necesita y que cuesta cuatro ó cinco cuartos libra. Las frutas no las puede comer el que no tenga una buena renta, pues cuesta de diez cuartos para arriba, y aún cuando esté casi podrida, no baja de ocho. Los judíos no son agricultores, gustan más de la granjería que del ardor del sol, y el frío de la noche: en términos, que por este concepto no nos hacen falta.

XIX.

Industrias.

Nos convendrán, dicen algunos, por su industria y actividad; viniendo de los helados climas del Norte, serán más activos y videntes que nosotros; serán unas avejas industriales, que nos enseñarán á buscar y aprovechar todas las cosas por despreciables que parezcan: en esto poco nos enseñarán; estamos tan adelanta-

dos, que nada se desperdicia: todo se recoge por las mañanas, ó se recogia, porque segun dicen ya han quitado ese pequeño arbitrio á las pobres traperas que con eso llevaban un pan á sus hijuelos que les sirviese de almuerzo: ¡pobre del pobre que se le echa encima el más poderoso! Se ha especulado tanto en estos últimos años, que parece que ya no se puede adelantar más en la especulacion; á no ser los panaderos que generalmente venden el pan con grande falta, si bien para que no aparezca la merma, nos lo dejan crudo y además avinagrado. Segun la nueva tarifa deben proporcionar al público pan de primera, segunda y tercera clase: lo pide la criada de primera y se lo dan de tercera. Pan que parece de centeno, aunque blanquee algo más y no esté tan apelmazado, otras veces parece que sabe á cebada. Solian antes vender el pan del dia anterior un cuarto más barato, ahora no es raro comer pan duro, creyendo comerlo tierno. Así es que por razon de industria tampoco nos hacen falta.

XX.

Caudales.

Nos traerán grandes caudales: pocos serán los acaudalados que lleguen á esta tierra desmantelada; yo salgo garante que no traerán tantos que subiendo á un monte de Sierra Morena, de Toledo ó Extremadura, á fuerza de picos, de azadones, almadana y barrenos principien á derribar los picos de las sierras, á arrojar al profundo las piedras, á llenar los valles, á rebajar la montaña, formando navas, acarreando tierra, plantando árboles á barreno y convirtiendo los montes en amenos jardines. De esto no veremos nada, como se ve en otras naciones, que, abandonando el suelo pátrio jóvenes, emprendiendo en remotos países una industria, quizá no por demás honorífica, vuelven á donde descansan los huesos de sus mayores, y convierten en vergeles y viñedos las huelgas ó laderas de las montañas, ó haciendo tierras de regadío las que hasta entonces no habian conocido otra agua que la que caia del cielo. Estos edenos no los harán los judíos, más amigos de las comodidades de las grandes poblaciones que de los trabajos rurales; más inclinados á recorrer las calles vendiendo y comprando, que á guiar carretas, durmiendo al sereno. Los hijos de Abraham se acuerdan más del becerro de oro, que del de la vacada

que causa cuidados, desvelos y malos ratos. En los dias de nuestros mayores, eran arrendadores de varios tributos que cobraban con tantas vejaciones como ahora los comisionados del banco de España, ó los que arriendan alguna cosa que, para no perder en el arrendamiento, recurren inhumanamente á la venta del asno, del bucy ó la mula que servia de acémila para sus trabajos agricolas ó de tragin á los pobres. La piedad y la compasion no son las que más reinan entre los judíos, sobre todo tratando con cristianos. No será imposible que vengan algunos ricos banqueros, que lo dudo; en este caso no tardarian mucho en entrar en competencia con los banqueros que tenemos, sobreponiéndoseles, puesto que los gobiernos que los traigan han de protegerlos, para que no puedan apostrofarlos diciendo: ¿me has llamado para convertir mi desventura en otra mayor? Por desgracia nuestra la mayor parte de las compañías para empresas lucrativas son extranjeras; lo que sucederá que haya algunos que, después de haberse enriquecido de un modo fabuloso, se vuelvan á la tierra de donde salieron.

XXI.

Pobres.

Lo que más vendrá será la pobre Talla que no tenga caudales, los haraposos, los miserables, aquellos que si tenian poco se lo han robado, roto ó quemado los rusos, hartos de sufrir sus demasías. Es mucha filantropía constituirse en protectores de miles de hombres, que no trayendo blanca, serán trasladados, al decir de los periódicos, de Turquía á España en barcos fletados por el gobierno, trayendo como en triunfo á los descendientes de aquellos que no pudieran soportar nuestros padres por revoltosos. Quien con tanta prodigalidad los trae no los ha de abandonar llegados á la suspirada patria. ¿Les dará terrenos que desmontar? Sobre que no será lo que más les agrade, tendrémos pueblos enemigos en despoblado, entre cerros y cuestras, en los cuales los españoles que por necesidad ó casualidad caigan por aquellos vericuetos, hallarán unos hombres que hablarán á su manera el lenguaje español; pero serán una nacion dentro de otra nacion, que no siempre agasajarán al huésped: y viceversa, cuando ellos salgan de sus breñas y vayan á los pueblos cristianos á buscar lo necesario á su mantenimiento, serán mirados con prevencion. Dejándolos en libertad de irse

por donde les parezca, se convertirán en buhoneros, en vendedores al por menor, prosperarán por su astucia y costumbre de comerciar más que los nacionales, y las colisiones no se harán esperar.

Aunque no sean muchos los que vienen, y por tanto mientras no se multipliquen y enriquezcan, ¿á qué política se adherirán cuando vengan? Parece natural que agradecidos á los agasajos se hagan partidarios del gobierno que los protege, y así sucederá al principio en tanto que se van enterando de nuestros usos y costumbres: una vez conocido donde hay más que ganar, olvidando el beneficio y la mano de quien lo han recibido, se irán donde haya esperanza de botín.

XXII.

Reclamaciones.

Tampoco será imposible que, así como son aficionados á conservar sus genealogías, hayan conservado inventarios de lo que les quedó por España de bienes confiscados ó cosas que no pudieran trasladar; en cuyo caso principiarian las reclamaciones que, si les convenia para fines ulteriores, para comprometer á España hácia una empresa á que no tuviera afición ni le moviera interés, no les faltaria el apoyo de los gobiernos á que han pertenecido. El gobierno trae hoy los rusos; los ingleses han pretendido ya su regreso á la patria que va para cerca de cuatro siglos que dejó de serlo; tras estos vendrian los alemanes y franceses y entre protectores y protegidos devorarían á esta desgraciada nacion. Mírense mucho los filántropos en lo que hacen. Nadie les obliga ni compele á traer á su seno la víbora que puede envenenarnos; miren lo que hacen, que son gentes ingratas y vuelven el mal por el bien; gentes inquietas, rapaces y avaras, que hoy vienen pobres, y cual sanguijuelas que jamás se ven hartas, chuparán nuestra sangre. Si los gobiernos, imitando á los regalistas del siglo pasado, los hubiesen hacinado en barcos y los hubiesen desembarcado en nuestras playas, los sacerdotes seríamos los primeros en acudir á prestarles auxilio y consuelo. Si alguno viniera porque así lo juzgue oportuno, no sería yo tan cruel que á empellones le hiciera volverse por donde hubiese venido; pero traerlos, y hacerlo á nombre de un partido con repugnancia de toda la nacion religio-

sa, sin distincion de partidos políticos, y más trayéndolos como por via de reparacion de un agravio, de una injuria, de una injusticia, es una accion que no tendrá otra explicacion en opinion de la inmensa mayoría de la nacion, que una provocacion á sus instintos religiosos. Si no tuviésemos otros motivos de desunion, sería este suficiente para una reaccion. Nada ganamos con la venida de esos expulsados ó fugitivos por temor de mayores males; no les debemos más que lo que adeuda un juez ó un tribunal que condena á un reo por graves delitos, á la familia á que pertenece, por un instinto de conservacion para imponer á otros que pudieran imitarle en sus ferocidades. Nuestros mayores los lanzaron porque ya no podian sufrirlos. Medítenlo bien los que no reparan en disgustar á la nacion con una medida innecesaria, y sobre todo con gente díscola y rebelde, y evitará un germen más de las discordias que nos aquejan. Alegre podrá ser para algunos el día en que ponga el pié en tierra la primera remesa; triste y desconsolador para todos los que desean ser ciudadanos en su propia patria.

XXIII.

Conclusion.

Por si alguno hubiere que pensase que aborrecia y era enemigo jurado de los judíos, debo decirle, que se equivoca. Mi corazon no abriga ódio contra nadie, si bien no me gustan todos los hombres, como yo no gustaré á muchos. No me gustan los embaucadores, los embusteros, los fingidos, los disimulados, los chismosos, los que hacen á dos caras, los que á todos dan la razon, los calumniadores, los falsos testigos, los traidores, los que no solo quieren servir á dos señores, sino que prometen servir á todos, siendo infieles á todos; entre estos á los falsos políticos que se mezclan en un partido hipócritamente para venderlo; ninguna de estas cosas, como más generales me gustan, ni tampoco los que casi de continuo quebrantan y hacen alarde de quebrantar los demás mandamientos de la ley de Dios. Esto no obsta para que, aborreciendo el pecado, compadezca al pecador, trate de socorrerlo en sus necesidades, sean espirituales ó corporales. Del mismo modo no obsta el amor á la persona para evitar su trato y conversacion cuando se puede temer la contaminacion, ú otros perjuicios en honra, vida y hacienda. Considerando los judíos como hombres, los amo

y reconozco como á mis semejantes y aún con cierta predilección, porque ellos son hermanos de Jesucristo según la carne, ellos nos dieron los apóstoles y primeros discípulos del Señor, de ellos recibimos el Santo Evangelio con los demás libros santos de la nueva ley de gracia, como la ley y los profetas que anuncian al Justo.

No sólo por esto, sino por ser el pueblo escogido al que por espacio de dos mil años guió Dios llevándolo de la mano, como la madre lleva al hijo para que nadie ni nada le ofenda. Verdad es que se rebeló miles de veces contra su protector; pero aún así, apenas se volvía hácia su criador haciendo penitencia de sus pecados y arrojando de sí los ídolos, además de levantar su pesada mano de sobre sus cabezas, solía hacerla sentir á la que los hubiera oprimido. El pueblo que por ocultos juicios de Dios, mantiene desparramado entre todas las naciones, las prácticas, usos y costumbres de la antigua ley en cuanto les es posible, atendidas las leyes de los diferentes pueblos que habitan, debe ser compadecido. Mientras los demás pueblos se mezclan y confunden de modo que después de algunas generaciones todos son unos, todos adoptan un género de vida que haga desaparecer la diferencia de vencedores y vencidos, los judíos conservan tenazmente su distinción de los pueblos con quienes habitan. Esto no sucede sin especial providencia, reconocida por todos los que profundizan un tanto los misterios de nuestra sacrosanta religión. Dios permite la ceguera de los judíos en castigo del deicidio, al que no renuncian, cargando sobre sus cabezas la sangre que hicieron derramar. Con este motivo las naciones que los albergan ven confirmados por sus mismos enemigos los sucesos de que nos habla el Santo Evangelio y ven prácticamente el terrible castigo que sobre ellos ejecuta, permitiendo que la mano de los judíos esté contra todos, y la mano de todos contra ellos, por lo odiosos que se hacen á todas las naciones.

XXIV.

Recibimiento.

Odiosos como son, todavía los tiene Dios en memoria: fueron su pueblo y lo serán, cuando la plenitud de las gentes hubiere entrado: ¿En dónde? En el redil de la iglesia, donde no hay más que

un solo rebaño y un pastor. Parece que ahora se va preparando la entrada de los gentiles en la iglesia de Jesucristo. Los ferro-carri-les, los telégrafos, los vapores de mar y tierra con otras inven-ciones, las misiones, los viajes, las exploraciones, todo esto reuni-do parece va preparando la entrada de los gentiles en el aprisco de la iglesia católica. Por estas señales el cumplimiento de la profecía parecería próximo; no así atendido á los estados europeos que son los que no han abandonado el Cristianismo en general, aunque muchos desunidos del primitivo árbol. Entre todos no hay uno en que reine Jesucristo. No hay un estado en que no se persiga la igle-sia en más ó en ménos; en ninguno la religion tiene la representa-cion que debiera tener. Donde no está perseguida, está postergada; está más que otra cosa como una asociacion política. Los represen-tantes pueden hacer algunas cosas públicas; pero en general se ven reducidos á lo interior de los templos donde ¡oh desgracia! ¡cuán diminuto es el número de los que acuden, comparado con los que se bautizan! Quizá sea este el medio de que se valga la Divina Pro-videncia para llevar el Evangelio por todas partes. Cuando venga la tremenda que han preparado los que hace tiempo rigen las na-ciones cristianas; cuando el incendio, la devastacion, el degüello, el robo, el pillaje; cuando los pobres se enriquezcan y los ricos queden en la calle, quizá Dios les toque el corazon y haciéndoles decir: con razon padecemos esto porque hemos pecado contra nues-tro Dios. Cuando el Romano pontífice por su dignidad y autori-dad, los obispos como coadjutores suyos, los sacerdotes celosos subordinados á estos nos decian: que no íbamos por camino recto al negarles su jurisdicción en muchas cosas, y en otras impidién-doles el ejercicio de sus funciones sacerdotales, despojándolos de sus bienes y reduciéndolos á la indigencia, privándolos de uno de los medios de ejercer influencia en los pueblos, socorriendo necesi-tados, auxiliando al desvalido; cuando les privábamos del medio de procurarse la instruccion, llamándoles despues ignorantes; noso-tros sin saberlo ni advertirlo íbamos enseñando á estos á que nos imitasen, haciéndonos pagar ahora el mal que nosotros hicimos, apoderándonos de las casas de Dios, profanándolas y apropiándo-las á nuestros usos. ¿Qué haremos ahora los que antes viviamos holgadamente, y hoy no tenemos ni casa donde habitar, ni ropa con que cubrirnos, ni un bocado de pan para llevar á nuestros lá-bios? No sabemos trabajar, nos causa vergüenza el pedir limosna, que antes dábamos, y lo que es más, no hay quien nos la dé: vayá-monos á tierra de infieles; especialmente donde viven una vida de

salvajes: aplaquemos la ira de Dios con la penitencia y humildes sufrimientos que nos aquejan, renovemos los conocimientos que nos inculcaron nuestros padres en nuestra tierna infancia, y los sacerdotes completaron preparándonos á la primera comunión; volvámonos á Dios con todas las veras de un sincero arrepentimiento, procurémonos cada uno los instrumentos que podamos y conozcamos que no hemos de hallar donde vayamos, saliendo de esta tierra degradada, corrompida con nuestros excesos y ofensas á Dios, y vámonos á buscar un lugar donde apenas haya pisado planta humana, donde principiaremos una vida de ángeles, renovaremos la vida de los primeros cristianos, y con nuestros adelantos aplicados á tierras vírgenes llamaremos la atención de los indígenas que, viendo nuestro santo tenor de vida y los productos que sacamos de una tierra que no supieron ellos cultivar, les enseñaremos á conocer á Dios; dulcificaremos sus feroces costumbres y poco á poco aquellas regiones se convertirán en fértiles haciendas y sus habitantes en fervorosos cristianos. Otros irán á tierras civilizadas en las cuales convertidos en misioneros, santificarán á aquellos habitantes, sacándolos de las tinieblas de una religion supersticiosa en que los tiene engañados el ángel rebelde; los sacaremos de las tinieblas y sombra de muerte á la admirable luz del Evangelio. No será imposible que algunos digan que delira mi fantasía; todo podría ser, pues no siento en mí señales de profeta; pero presenciemos unos hechos que no tienen explicacion humana. Vivimos en una confusion Babilónica, no hallamos sino contradicciones entre las doctrinas y las prácticas: la atmósfera política está sumamente cargada por todas partes, todó anda suelto y libre ménos la virtud; que abundando poco, se vé obligada á vivir oculta, aún de los mismos que debian practicarla. Virtudes humanas, se ven en ciertas reuniones, pero estas más que virtudes son pantomimas; son puras apariencias.

Esta es la verdad; estamos mal, malísimamente y los medios que se buscan á fin de conjurar la tormenta son contrarios á los fines. Siendo cierto, como públicamente se anuncia, la traída agrupada de judíos, se comete un pecado de lesa moral, y otro de lesa política. Teníamos pocos y poco há nos han formado uno, los judíos y judaizantes, con los que segun voces hay ocultos en casa, bien porque no llegaron á salir, bien porque hayan vuelto como banqueros, como ingenieros, como empresarios; todos estos nos formarán otro, que de seguro no será ni el mejor ni el más santo, ni el más benéfico. Si á pesar de lo que llevo dicho la ceguedad polí-

tica nos hace ese regalo, no me toca decir otra cosa á mis compatriotas, sino que se resignen á recibirlos. No les diré que salgan con palmas á obsequiarlos, ni aún á verlos por curiosidad, lo que si les diré que son desgraciados y dignos de compasion. Que nadie los ofenda ni los desprecie, ni los insulte; los que tengan bienes de fortuna, por más que los huéspedes no les sean muy simpáticos, deben socorrer sus necesidades, mostrándoles que son verdaderos discípulos del que dijo que siempre habrá pobres entre nosotros. Bastante trabajo tienen con el estado en que Dios permite que se encuentren por su cegüedad. Los buenos españoles deben socorrer al desterrado; pero los cristianos, sin comunicar mucho con ellos, por el peligro de perversion, deben socorrerlos en cuanto sus fuerzas les permitan, sobre todo en los primeros momentos.

La venida de los judíos podría causar disturbios, poniéndose unos en favor y otros en contra. Los que desean que desaparezcan las fronteras, para que concluyan las guerras, jamás tan frecuentes y terribles como ahora, si bien más breves, se pondrán de parte de los huéspedes; los que digan que Dios no ha colocado en vano los mares, las islas, los grandes y elevados montes, los grandes y navegables rios, que separan y distinguen unas de otras á las naciones, siendo causa de que las leyes, los usos y costumbres, sean diferentes si no contrarios, como resultado de un conjunto de circunstancias locales, tendrán otro modo de ver las cosas. Unos juzgarán por bueno lo que llaman reparacion de una injuria, otros responderán que hubo una justicia necesaria, como necesaria es la que se impone á los malhechores, ya en castigo de su crimen, ya porque no lo repitan, ya porque no haya imitadores. Tengan todos entendido que los adversarios de los judíos han de salir peor librados, porque, siendo cosa del gobierno el regreso de los descendientes de los desterrados, tiene por consiguiente que ser su protector. Los vigilantes de orden público recibirán la consigna de no permitir que nadie los ofenda y ¡ay! del que lo verifique. Puesto que tanto ha cundido la indiferencia en todo, que nos convierten insensibles de tanto ver y sufrir, sed en esto indiferentes y de ese modo no tendreis que llorar en cárceles ni presidios.

Creed, pobres gentes del pueblo, tantas veces carne de cañon, para quedar despues de una revolucion peor mil veces que antes; creed á uno que sin ser demagogo os ama más que á todos los ricos, nobles y potentados. Siento el veros hechos más que nunca juguete de esas almas viles que se constituyen en agentes de to-

das las malas acciones. No sabreis formar idea de cuanto penetra razon la noticia de que van á quitar la vida á un infeliz, seducido por un cobarde asesino, que no vale para tener la fortaleza á que le incita su ódio. Soy enemigo del derramamiento de sangre, de tumultos y asonadas, de guerras civiles y extranjeras en las que siempre pierden los pobres; sin que de ello resulte algun beneficio á su familia, como sucede en los jefes que dejan ventajas en caso de muerte, ó ascienden si las armas no los acaban. Vosotros ni vuestros padres poco ó nada ganais.

Bastante teneis con derramar vuestra sangre, pobre pero honrada, viendo vuestros padres á cada instante al que no la vertió porque tenia ocho mil reales; pero digo que al pobre que va soldado se le deben dar de justicia ocho mil reales si vuelve á casa y si no á su familia como valor de su sangre. La sangre del pobre es tan honrada y acaso más noble y sana que la del cadete, que se redime de soldado, para entrar mandando en sexto grado de la milicia. No olvideis, españoles, que el judío vive desterrado como Caín, mas no abandonado, porque ha de llegar dia en que cayendo el velo que le impide ver al hermoso sol de Justicia Jesucristo se ha de convertir á él.

¡Cuán distantes nos hallábamos de tener que hablar de los judíos! Nuestra nacion está por ahora tranquila, las Córtes no existen, por tanto no pueden los diputados mover cuestiones que sobreexciten las pasiones, y lo que no ha nacido entre nosotros ha sucedido por el empeño que hay entre los liberales rusos de vivir á guisa de las otras naciones, por la resistencia que la mayoría opone á las innovaciones, como ha sucedido en toda Europa. Unos rusos pugnan por romper con las tradiciones, y otros quieren sostenerlas. ¿Quién triunfará? La moda está por los revolucionarios y creo que hasta que en esta nacion triunfe, no vendrá el probable cataclismo y luego la reaccion, impuesta por las circunstancias, y aceptada por todos como puerto de salvacion. De este choque han resultado los malos tratamientos de los israelitas; sea por atizar el fuego de la libertad, sea por lo antipático que es el pueblo judío, es lo cierto que lo han convertido en blanco de las iras populares.

Temerosos de que las vejaciones se renueven ó por otras causas, han tomado el partido de abandonar su tierra y buscar nuevo domicilio. Uno que otro fácilmente lo hubieran hallado; á centenares de miles de familias no es fácil que se les proporcione habitacion, trabajo, industria ú oficio con que adquirirse el sustento;

siendo, al decir de los periódicos, descendientes de los que salieron de España va para cuatro siglos, parece se ha pensado en que se les dé hospedaje.

Si conviene ó no lo decidirán los que manejen las urnas de las elecciones, que tienen tanta complacencia que á todos contentan. No hay quien las haya consultado que no hayan respondido: como se pide. Si como es de suponer se responde á la consulta del gobierno, lo que este proponga eso mismo se hará. Si mi folleto es leído, los hombres independientes podrán formar su opinion fácilmente pasando la vista por este libro, donde con poco método y ménos elocuencia, doy á conocer lo que fué, es y probablemente será el pueblo israelítico. El lector hará el mérito que le parezca de las reflexiones que en él hago, con ánimo imparcial, aunque basado en el principio Católico.

Mi ánimo no ha sido el de injuriar á nadie; lo que deseo es que los legisladores se dejen llevar del amor de la patria y que mi breve trabajo la sea útil, agradable á Dios, acepto á sus representantes, á cuyo juicio me remito, poniéndome á disposicion de la Santa Madre Iglesia, manifestando que si en algo hubiese faltado, desde ahora lo repruebo y lo detesto.

Madrid 12 de Julio de 1881.

FRAY ANGEL TINEO HEREDIA.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
A los lectores.....	3
I.—Nueva desgracia para España con la venida de los judíos...	5
II.—Jacob en Egipto.....	9
III.—Saul, Rey.....	12
IV.—Venida del Salvador.....	13
V.—Nacimiento de Jesucristo.....	14
VI.—Vejeciones de los judíos.....	15
VII.—Desgracias de los judíos.....	18
VIII.—Nuevas persecuciones.....	22
IX.—Conducta de los judíos.....	24
X.—Regreso de los judíos á España.....	28
XI.—Estado en que pueden encontrarse los judíos rusos.....	29
XII.—Cómo se hallan en toda Alemania.....	31
XIII.—¿Los judíos deben ser admitidos en España?.....	33
XIV.—Los judíos no se mezclan con los pueblos donde habitan.....	35
XV.—Se defiende á los Reyes Católicos por la expulsión.....	36
XVI.—Ninguna ventaja nos traerán.....	38
XVII.—¿Es útil su venida?.....	39
XVIII.—Reflexiones que deben hacer los hombres de Estado.....	40
XIX.—Industrias.....	41
XX.—Caudales.....	42
XXI.—Pobres.....	43
XXII.—Reclamaciones.....	44
XXIII.—Conclusion.....	45
XXIV.—Recibimiento.....	46

José María

Este folleto se vende al precio de UNA PESETA en las librerías religiosas de Olamendi, calle de la Paz; Aguado, Pontejos; Tejado, Arenal; Perdiguero, Postigo de San Martín, y en las principales de Madrid.

En casa del Autor, Lobo, 12, tercero interior, izquierda.